ANDREA FERRARI

DETRÁS DE LA MÁSCARA

ILUSTRADO POR CANDELA INSUA



ALFAGUARA



1

Cincuenta y cincuenta. Así lo dijo Liz: según ella, esas eran mis posibilidades de éxito con Melina. Hablábamos con una puerta de por medio, de modo que tuvo que alzar la voz. *Fifty-fifty!* , gritó en inglés. Yo no estuve de acuerdo. Me parecía que, dados mis escasos atractivos y los abrumadores encantos de Melina, las posibilidades se reducían mucho. Quizás a un veinte por ciento. Pero Liz insistió: —No, estás equivocado. Cincuenta y cincuenta al menos. Y, además, si no lo intentás, nunca lo vas a saber.

Me hace gracia recordar ese diálogo. Ahora que pasó un tiempo creo que, curiosamente, sus palabras resumen el resultado de ese año, el más extraño de mi vida.

Cincuenta y cincuenta.

Tendría que empezar por el principio. Todo esto sucedió en 2020, así que a menos que alguien haya estado una temporada en Marte, se

entiende de qué hablo. Plena pandemia por coronavirus. Acá y en el último rincón de la Tierra, no hace falta que explique más. A nosotros, quiero decir a mi vieja, a Luis y a mí, nos agarró en el departamento de Bulnes. Y eso no era bueno.

Un mes antes todavía vivíamos en el cuarto piso de Acoyte, el lugar donde nací. Pero mi vieja vendió ese departamento y compró con Luis una casa en Vicente López, que había que arreglar. Mucho. Así que mientras los obreros deshacían la cocina y los baños a martillazos, nosotros nos mudamos a un departamento prestado en la calle Bulnes. En teoría iban a ser uno o dos meses incómodos, no más. Pero entonces llegó el COVID, las obras se detuvieron y nos quedamos presos de ese lugar.

Decir que era chico es decir muy poco. Es cierto que había dos habitaciones, pero en la de ellos a duras penas entraba la cama. La mía era básicamente un armario grande. Y

como dentro de un armario no entra otro armario, la mayoría de mis cosas estaban metidas en unas cajas superpuestas que casi tocaban el techo. El resto, esparcido por toda la casa. Yo dormía en un catre que durante el día plegábamos, porque de lo contrario no se podía abrir la puerta.

Cuando en marzo el mundo se detuvo y todos tuvimos que quedarnos en casa, hubo que repartir los espacios. Luis, que es profesor en la universidad y tenía que dar clases virtuales, se quedó con el living. Mi mamá, que es psicóloga y debía atender pacientes por videollamada, se encerró en su dormitorio. A mí me confinaron a mi armario, donde me sentaba en el piso y trataba de no hacer ruido.

Así eran las cosas. Tremendas. Además, como habrán podido deducir, Luis no es mi viejo. Pero no piensen que estoy celoso ni que soy de esas personas incapaces de tolerar que su madre se haya vuelto a casar. Nada que ver. En realidad, tengo que decir que Luis es un buen tipo. Pero llevaba poco tiempo instalado con nosotros y creo que ninguno de los dos estaba preparado para convivir las veinticuatro horas de los siete días de la semana en una caja de zapatos.

Me falta agregar un detalle: mi vieja estaba embarazada. Me habían prometido que íbamos a poder mudarnos antes del parto, pero yo sabía que nada era seguro. Y lo único que nos faltaba era un bebé gritando para convertir ese lugar en un verdadero infierno.

Fue cuando supe que unas personas que vivían en el sexto piso, a

quienes jamás había visto, necesitaban mi ayuda. Y lo que debería haber sido un castigo resultó una salvación. O algo así.

2

Los Wilkinson, dijo esa tarde mi vieja, los del sexto B. Yo tenía la vista clavada en un cómic bastante divertido. Batman acababa de aparecer frente a un delincuente muy gordo que había capturado a una chica.

—Seguro los viste alguna vez.

La capa de Batman se agitaba con el viento.

—No.

—Sí, acordate. Esa pareja mayor. El señor usa bastón. La señora tiene los ojos claros.

Creo que anda con algún problema de salud.

El brazo avanzó veloz y el puño dio en el medio de la cara del gordo. ¡Auch! Volaron gotitas de saliva.

—Ni idea.

—Escuchame un momento, Roberto.

Para que se ubiquen: mi mamá estaba parada en la puerta. Nunca entraba a mi armario, porque le daba claustrofobia. Yo estaba sentado en el suelo, con el cómic en las manos. Ahora Batman había inmovilizado al gordo agarrándolo por atrás. La chica estaba libre y lo miraba asustada. O enamorada, quizás.

—¡Roberto!

Levanté la vista. Batman pareció decepcionado.

—¿Qué?

—Necesito que me prestes atención. Te estoy hablando de esta gente, los Wilkinson.

—No los conozco.

—No importa. La cuestión es que están complicados. Tienen una hija que había viajado a España y no puede volver por la pandemia. Necesitan que alguien los ayude con las compras.

Por el rabillo del ojo vi que un cómplice del gordo, más flaco, se acercaba por la espalda de Batman. Este tenía un revólver.

—Existe internet —dije—. ¿Los Wilkinson no se enteraron?

—Te digo que son personas mayores, no saben hacer compras por internet.

—¿Y el teléfono? ¿Tampoco saben?

Mi vieja suspiró.

—La tienda donde compran no toma pedidos por teléfono. Además necesitan medicamentos, se hacen un lío con las recetas y el WhatsApp. Y quizás requieran algún otro trámite.

En un rápido movimiento, Batman agarró al gordo por la cintura, lo levantó por el aire y lo arrojó en dirección al flaco como si fuera un proyectil. ¡Fiuuuuu! El cuerpo del gordo voló varios metros y pegó duro contra su cómplice, que dejó caer el arma. ¡Pac!

—¿Me entendiste, Rober? Ellos quieren pagarte.

—¿Pagarme? ¿A mí? ¿Para qué?

—¡Te lo estoy explicando! Tendrías que ir dos o tres veces por semana a recoger la lista y hacerles las compras. Pero yo creo que no deberías aceptar el pago, tomalo como un favor que hacés para tus vecinos.

—¿Qué?

Así fue, más o menos, el arreglo. A Batman nunca se lo hubieran pedido.

En realidad, los detalles del acuerdo que estaba aceptando sin entender nada los conocí al otro día. Esa tarde solo supe que los Wilkinson eran una pareja inglesa que había vivido buena parte de su vida en la Argentina, pero todavía hablaban con acento.

Que les gustaba tener alimentos frescos cada semana porque desconfiaban profundamente del freezer y el microondas. Además necesitaban muchos remedios. Y

que preferían que su comida se comprara en el chino de la vuelta, adonde ya los conocían.

Acá tengo que aclarar algo. El supermercado chino no es chino. El dueño es un hombre coreano, que se asoció para la parte de carnicería con dos hermanos argentinos y para la verdulería con una familia boliviana. De modo que podríamos decir que es un comercio coreo-argento-boliviano. Y sin embargo, todo el mundo le dice el chino. Así de confusas son las cosas por el barrio.

Y fue en ese chino donde me cambió la vida.

3

Los Wilkinson no querían ni verme. Literalmente: todos nuestros diálogos debían producirse a través de la puerta cerrada. Eso lo supe al día siguiente: la pareja tenía terror de contagiarse y cuidaba las distancias. De modo que la comunicación no era sencilla. Para empezar, había que gritar. Además, hablaban confuso. Y creo que hacían trampa, porque yo no los veía, pero estoy seguro de que ellos me espiaban a través de la mirilla.

Hay que decir, sin embargo, que aunque temerosos y antiguos, los Wilkinson eran muy organizados. Ese primer día, al llegar al sexto vi varias cosas. Junto a la escalera había un carro de compras. Y pegadas en la puerta, dos hojas grandes. Una decía “Supermercado” y la otra “Farmacia”. Las listas eran largas. En una tercera nota, me ordenaban: “Roberto, toque timbre”.

No entendí por qué me trataban de usted, cuando solo tengo catorce años. Quizá era que no sabían hablar de vos. Pero yo obedecí y toqué el timbre. La señora Wilkinson debía estar junto a la puerta, porque respondió enseguida.



—¿Quién es?

Aunque por supuesto sabía quién era.

—Roberto —dije, aunque sabía que ella sabía.



—¿Roberto del quinto piso?

La obviedad ya me estaba cansando. Intenté un tono irónico.

—Sí, señora, Roberto del quinto piso.

—Saque las listas, Roberto. Lleve el carro. Y espere un momento.

Todo lo decía con ese acento raro. *Robertou. Carrou. Momentou.* Antes de que pudiera contestar vi que pasaba un sobre bajo la puerta.

—El dinero para pagar —dijo—. Traiga el ticket.

Tuve ganas de decirle que se dejara de darme órdenes, que su tono era irritante y que ya me había arrepentido de aceptar ese acuerdo. Pero me quedé callado e hice todo lo que me pidió. Mis convicciones son débiles.

Ese primer día las cosas anduvieron bastante bien. En el chino todo estaba tranquilo.

Sentado en la caja, el señor Bao, el dueño, revisaba unas planillas con

cara de aburrido.

Pocos días antes había montado un panel de acrílico que lo separaba de los clientes y tenía tres carteles:

Era la única información que le interesaba compartir con la clientela. Hay que decir que el señor Bao es bastante mala onda, así que yo también intentaba reducir al mínimo nuestros intercambios, que se limitaban en general a un par de gruñidos de cada lado.

Con la lista en la mano fui metiendo las cosas dentro del carro. Cuando llegué a la carnicería le dije al que atendía que el pedido era para los Wilkinson, tal como me habían indicado que hiciera.

—Ah —dijo—, los alemanes. Son muy exigentes con la carne, pero Jim hace un guiso con vino tinto espectacular.

Estuve por aclararle que eran ingleses, pero después pensé que en el chino que no es chino el asunto de las nacionalidades no tiene mucha importancia. Del guiso no sabía nada.

—Exacto —respondí.

También le avisé a Rosa, la señora de la verdulería. Asintió mientras embolsaba los duraznos, las manzanas y los pepinos, eligiendo con mucho cuidado. Al final agregó algo al paquete.

—Acá va una plantita de albahaca de regalo para Liz.

—¿Para quién?

—Liz. La señora Wilkinson. Le gusta plantar la albahaca en una de las macetas que tiene en el balcón.

—Claro —dije, aunque lo único claro era que, en ese lugar, yo sabía menos que nadie.

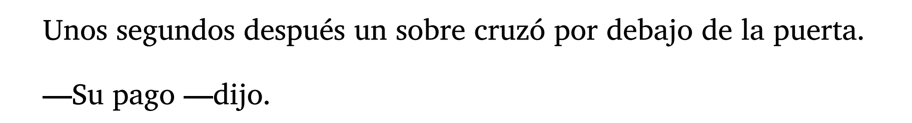
Una vez que terminé con todas las compras volví al sexto y toqué el timbre.

—¿Quién es?

Otra vez el mismo juego.

—Roberto. Acá le dejo todo: el carro, el vuelto y el ticket —grité.

—Espere un momento —gritó ella.



Unos segundos después un sobre cruzó por debajo de la puerta.

—Su pago —dijo.

Abrí el sobre: había varios billetes. La verdad es que no me venían nada mal, pero me imaginé la cara que pondría mi vieja. O peor: su voz taladrándome el cerebro día y noche por lo mal que hacía al aceptar dinero de esa pareja de ancianos necesitados.

Volví a pasar el sobre para el lado de ellos.

—No hace falta —grité—. No tiene que pagarme.

Unos segundos después el sobre volvió.

— *Yes!* —gritó más fuerte—. ¡Llévelo!

Deslicé el sobre otra vez.

—No, de verdad. No es necesario.

El sobre volvió. Y apareció otra voz, ahora masculina.

—¡¡Llévelo y listo!! —gritó. O al menos eso creo. Me costaba entenderlo, pero era obvio que estaba furioso.

Decidí que no era bueno pelearme con los Wilkinson el primer día.

—Está bien —dije—. Gracias.

Y después, para no irme así, agregué:

—Rosa manda albahaca de regalo.

—Ahhh. —El tono de la señora Wilkinson se endulzó—. La querida Rose… Bueno, lo esperamos el viernes, Rob.

Así fue como me convertí en Rob. Y a veces Robbie. Que en realidad no estaba tan mal, porque mi nombre nunca me gustó.

4

Yo quisiera ser un sinvergüenza. Alguien va a decir que no es bueno, porque si uno busca en el diccionario, un sinvergüenza es una persona descarada, mala, algo así. Pero cuando yo digo sinvergüenza estoy pensando en sinvergüenza.

Porque eso es lo que a mí me sobra. Vergüenza. Tengo vergüenza en cantidades monumentales. De todo. Por ejemplo, de mi vieja. Me da vergüenza que diga cosas como ¡ *altas zapatillas*! o ¡*re*! y se ría todo el tiempo, como si fuera una adolescente. O que se vista con polleras cortas de colores fuertes porque será joven, pero es mi vieja y no da. También me avergüenza que esté embarazada. Sé que tiene derecho a tener otro hijo y todo eso, pero ¿quién tiene un hermano a los catorce años? Nadie. Me parece que cuando vamos juntos por la calle nos miran raro. Como si yo no fuera su hijo, sino su novio. O capaz me lo imagino.

Otra cosa: me da vergüenza que mi papá se haya muerto. Cuando la gente se entera dice *pobrecito, perder al padre tan chico* y me mira con ese tipo de cara que odio. No me gusta que se compadezcan de mí.

Mis brazos, demasiado largos, también me dan vergüenza. Y las manos, muy grandes. Creo que crecí en forma desproporcionada. El pecho es muy flaco y se me marcan las costillas. Por eso me gusta usar esos buzos oscuros grandes y cerrarlos hasta arriba. Además están los pies: calzo 42, aunque no soy tan alto. Son unos pies enormes, que preferiría esconder.

Pero lo que me da más vergüenza de todo es mi cara. Tengo unos granos rojos, que no hacen más que empeorar aunque les ponga todas las cremas que me dio el médico.

Acné, se llama. Espantoso. Empezó cuando tenía doce y fue aumentando. Yo me di cuenta cómo me miraba la gente. Con esa mirada tipo *qué horror la cara de este chico*. O

tipo *ojalá nunca me pase algo así*. O tipo *mejor estar lejos, capaz contagia*.

Por eso el coronavirus fue tan bueno en mi vida, no sé si se entiende. Porque llegó el barbijo, tapaboca o máscara, como quieran llamarlo. Que fue lo mejor que me pudo pasar. Tapa todos los granos rojos. Todos. Yo salía con mi barbijo negro y el buzo grande, con la capucha levantada. Mamá decía que parecía un asaltante de bancos, pero yo me sentía más bien como Batman: el enmascarado misterioso.

De un día para el otro me convertí en una persona diferente. Una persona sin granos.

Una persona aceptable, agradable incluso, a la que nadie miraba con esas caras. Fue genial.

5

Con el paso de los días mi relación con los Wilkinson se fue afianzando. No digo que fuéramos íntimos, pero el proceso ya era fluido: listas, carro, compras, ticket. Y el sobre con mi pago. De esto último todavía no le había dicho nada a nadie.

Cuando entré al chino a la semana siguiente sentí algo raro. Es difícil explicar qué era, como una tensión en el aire. Y un olor intenso y desagradable. Recorrí las góndolas buscando los productos hasta que llegué a la carnicería y le pasé la lista a Aldo, el encargado. Estaba inusualmente serio.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—¿No te enteraste? —Bajó la voz—. Se enfermó Bao. COVID.

—¡¡COVID!!

—¡¡¡Shhh!!! —me chistó enojado—. Mejor que la gente no sepa. Igual, te aviso que desinfectamos todo. ¿No se nota?

Era eso, lavandina. Habían bañado el local con lavandina.

—Sí, se nota. ¿Y cómo está?

—En cama, pero no parece grave. El problema es que su mujer y su hija tienen que hacer cuarentena. Y no quedó nadie para la caja. Estuvimos por cerrar, pero… —en este punto hizo una pausa y sonrió con un gesto de superioridad — yo lo salvé.

—¿Cómo?

—Traje a mi sobrina, Melina. Ahí está.

Miré hacia el frente del local y recién entonces advertí una figura pequeña detrás de la caja registradora. Bastante pequeña.

—¿Cuántos años tiene?

Volvió a bajar la voz.

—Quince. Está por cumplir dieciséis. Pero no lo comentes. Igual, aunque es chica, es una genia de la matemática.

En ese momento pensé que Aldo exageraba, orgulloso de su sobrina. Después iba a descubrir que efectivamente Melina es una genia de la

matemática. Entre otras cosas.

Mientras hacía la cola de la caja la observé con detenimiento. Se movía muy rápido, pasando cada producto por el lector. Cuando daba vuelta la cabeza para agarrar otro, el pelo giraba, como dando latigazos. Tenía un pelo precioso, negro, muy largo y lacio. Sé que la palabra *precioso* me hace quedar cursi, medio bobo, pero la verdad es que me parecía precioso. Cuando llegó mi turno saqué rápido todos los productos del carro.

—Hola.

—Hola.

No me miró, concentrada en su tarea. Era extraordinariamente veloz.

—Mil doscientos cuarenta —dijo tras pasar la mercadería—. ¿Efectivo o tarjeta?

—Efectivo —dije sacando la plata—. Nunca vi una tarjeta de cerca.

Creo que sonrió bajo el barbijo, aunque no estoy seguro. Pero algo brilló en sus ojos, que eran grandes, de un color verde grisáceo. Me alentó a seguir hablando.

—Me dijo tu tío que empezaste hoy. ¿Cómo lo llevás?

Lo dije así, suelto, canchero. Yo mismo me sorprendí. A esta altura no hace falta aclarar que yo no soy suelto ni canchero, más bien todo lo contrario. Tímido, sobre todo con las mujeres. Pero esto era parte de mi nueva personalidad-barbijo. Lo que estaba descubriendo es que con la cara tapada era capaz de decir cosas que nunca había imaginado.

—Bien, me estoy acostumbrando. Igual es solo por unos días, hasta que Bao y su familia puedan volver. ¿Vos hacés siempre las compras para tu casa?

—No son para mi casa, sino para unos vecinos viejitos que no pueden salir. Los Wilkinson. Hay que ayudarlos.

Sé que esto me hacía quedar mejor de lo que merecía, pero eso no me detuvo.

—Qué bien —dijo ella—. Ahora tengo que seguir.

Me di vuelta y vi que había dos personas en la cola. Tenían cara de impacientes.

—Claro —sonreí—. Nos vemos pronto. Suerte, Melina. Yo soy Roberto.

Asintió. Y estoy casi seguro de que sonrió.

—Gracias, Roberto.

Cuando llegué a casa de los Wilkinson toqué dos timbres cortos seguidos. Era la señal que había adoptado.

—¿Rob?

—Sí, Liz —grité—, acá dejo todo. Dice Aldo que no tiene lomo, pero le manda un pedazo de cuadril que está excelente.

Por debajo de la puerta vi asomar el sobre con el dinero.

— *Perfect*! Está contento, Rob.

Me reí mientras levantaba el sobre.

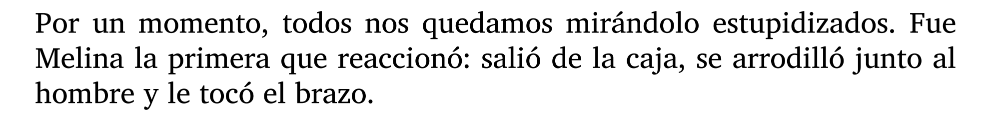
—¿Por qué dice eso?

—Tiene voz de contento.

Supongo que tenía razón.

6

Fue en mi siguiente visita al chino cuando las cosas dieron un giro extraño. Al principio todo pareció normal: Melina estaba en la caja y el lugar, como ya era habitual en la pandemia, lucía semivacío, apenas cinco o seis clientes deambulaban por las góndolas. Cuando ya había terminado con lo mío me puse en la cola. Exactamente sobre la marca en el piso: esas marcas me producen una obsesión por pisarlas. Delante solo había un tipo que parecía sumamente cansado y se apoyaba sobre su carro de compras como si fuera un bastón. De pronto avanzó hacia la caja y, literalmente, se derrumbó. Su cuerpo golpeó el suelo con un ruido horrible, como a algo definitivamente quebrado.


Por un momento, todos nos quedamos mirándolo estupidizados. Fue Melina la primera que reaccionó: salió de la caja, se arrodilló junto al hombre y le tocó el brazo.

—Señor, señor…

Pero no había ninguna reacción. Rosa y yo llegamos hasta ellos al mismo tiempo y nos agachamos. De cerca se veía aún peor. El tipo tenía la cara muy blanca y una herida sangrante en la cabeza que seguramente se había hecho al caer. ¿Estaría muerto?

—¡Un médico! —gritó Rosa, que parecía a punto de tener un ataque de nervios—.

Dios mío, ¿hay algún médico?

Pero en el local solo quedaban tres o cuatro personas y ninguna tenía cara de médico.

Igual, se acercaron y opinaron de lo que no sabían.

—Sáquenle el barbijo.

—Aflójenle la ropa.

—Pónganle algo en la cabeza.

—¡Llamen una ambulancia! ¡911! —gritó Aldo.

Fue el único sensato. Melina, que tenía su celular en el bolsillo, obedeció de inmediato. Le dijeron que la ambulancia venía enseguida y que chequeara los signos vitales. ¿Respiraba?

—No sé —Melina me miró a mí—. ¿Respira?

Yo me acerqué más a su cara y le saqué el barbijo. No se notaba nada.

—No sé. Me parece que no.

—Nos parece que no —dijo Melina en el teléfono.

Después escuchó atentamente lo que le explicaban.

—Dicen que le hagamos RCP. Maniobras de resucitación con las manos. ¿Alguien sabe?

Miramos a los que nos miraban. Todos sacudieron la cabeza.

—Ay, Dios —dijo Rosa—, se nos muere. Ay, Dios.

Tengo que decir que yo estaba pasando por un momento difícil. Porque la verdad es que sabía. Es decir, lo habían enseñado en la escuela, un día que vino la Cruz Roja.

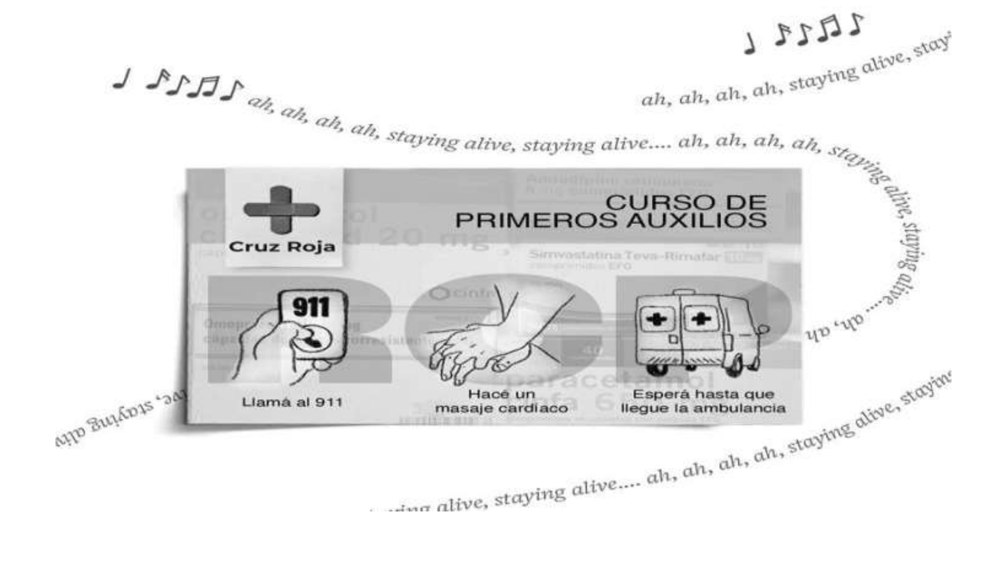
Practicamos con unos muñecos. Pero no me acordaba casi nada. Y sobre todo, no lo quería hacer, por nada del mundo. Si lo hacía mal quizá lo mataba. Pero si no lo hacía capaz se moría por mi culpa. Ay, Dios, seguía repitiendo Rosa y yo pensé, ay Dios, lo tengo que hacer.

—Voy a intentar —dije— y puse las dos manos sobre su pecho. Lo único que recordaba bien era la canción. Había que usar una canción vieja: *ah, ah, ah, ah, staying alive, staying alive*. Seguir vivo, quiere decir. Ridículo, sí, pero esa era la música que marcaba el ritmo de la presión. Acomodé las manos y empecé a apretar. En mi cabeza retumbaba la canción, *staying alive, staying alive*. Mis manos tomaron velocidad, apretar y aflojar, apretar y aflojar. Creo que sin darme cuenta en algún momento empecé a tararear en voz alta. A mi alrededor todos me alentaban, como si fuera un partido de fútbol.

—Vamos, vamos.

—Seguí así, no aflojes.

—Vos podés, pibe.



No sé cuánto tiempo pasó, me empecé a sentir mareado, la canción

había invadido mi cabeza, *staying alive, staying alive*, apretar, aflojar, apretar, aflojar, no daba más, me faltaba el aire, pero tenía que seguir, *staying alive, staying alive*. ¿Y si me desmayaba? Tal vez el tipo se moría, no podía parar, *staying alive, staying alive*. En ese momento sentí que alguien me agarraba de los brazos y me sacaba de ahí. Alguien con guardapolvo blanco. De pronto hubo un montón de gente, al tipo le pusieron una máscara de oxígeno y no sé qué más porque ya no pude ver. Me senté en el piso, me temblaban las piernas. Un rato después vi que se lo llevaban en una camilla. El médico se acercó y me palmeó el hombro.

—Tranquilo, pibe, está vivo. Vos lo salvaste.

Yo pensé que nunca había estado más contento en mi vida. Y al mismo tiempo, estaba llorando.

Cuando llegué a lo de los Wilkinson toqué dos veces el timbre. Quería dejar todo rápido e irme, estaba agotado. Ella debía estar al lado de la puerta porque respondió enseguida.

—¿Rob?

—Sí, dejo todo acá, Liz.

—¡Robbie! —gritó—. Me contaron todo. ¡Es un héroe!

O sea que ya se sabía. Me apoyé en el marco de la puerta, seguía mareado.

—¿Quién le contó?

—¡Rose! Recién, por teléfono. Robbie… ¡estoy tan… *proud*… ¿cómo se dice?...

¡orgullosa!

Y había algo en su voz que me dio ganas de llorar otra vez.

7

Hay gente que usa barbijos con flores, con lunares, con sonrisas macabras. Están los que lo combinan con la ropa y los que llevan pintado el escudo de su club de fútbol.

Bueno, yo no. Mis barbijos son todos negros. Y grandes. Jamás lo llevo

mal colocado ni colgando del cuello. Muchos dicen que les molesta, que se ahogan, pero para mí es todo lo contrario: con el barbijo me siento bien, cómodo, protegido. A veces también me pongo una gorra con visera que me cubre parte de la frente y estoy aún mejor.

Así entré al chino la vez siguiente. Confieso que estaba un poco nervioso. Después del episodio del hombre desvanecido me había quedado solo unos minutos. Pero sabía que la historia había trascendido por todo el barrio. Hasta el encargado del edificio me había felicitado y eso que antes casi ni me saludaba.

No había dado dos pasos cuando Melina se levantó de su silla.

—¡Roberto!

Rosa se asomó en la verdulería.

—¡Roberto!

Y Aldo gritó desde su puesto.

—¡Roberto!

Entonces empezaron a aplaudir. Dos o tres clientes que andaban por ahí se sumaron, supongo que por pura imitación. Me moría de vergüenza. Intenté acallarlos con gestos, fue inútil. Rosa me estaba palmeando la espalda.

—Llamó la familia del hombre —dijo—. Están muy agradecidos.

—Te quieren hacer un regalo —agregó Melina.

—Fue un infarto —siguió Rosa—, pero ya está bien.

Traté de decir que no era nada, que cualquiera lo habría hecho, pero no me oían. Me contaron que el tipo se llamaba Aníbal, que tenía un nene de dos años y una nena de cuatro, que todavía estaba internado pero en un par de días se iba para la casa.

Finalmente cada uno volvió a su sitio y me dejaron hacer mis compras en paz.

Cuando llegué a la caja, Melina estaba sola. Mientras pasaba una lata de atún por el lector me miró a los ojos. Mis ojos son una de las pocas cosas que me gustan de mí. No digo que sean espectaculares, pero son ojos grandes, bien oscuros, con pestañas largas.

Con el barbijo es como si el resto de mi cara desapareciera, eso es lo bueno. Soy puro ojos.

—¿No es increíble haber salvado la vida de una persona? —preguntó—. Te debés sentir muy bien.

—Sí. —Yo también la miré a los ojos. Verdosos. Perfectos—. Es totalmente increíble.

Y lo era. Yo no lo sentía como un acto de heroísmo ni mucho menos. Había sido una especie de accidente, más bien algo imposible de evitar. Jamás lo habría hecho si hubiera podido elegir.

—Novecientos ochenta y seis —dijo mientras me pasaba el ticket—. Me quedé pensando que tendría que aprender a hacerlo. Podría volver a pasar.

—Te puedo enseñar —dije.

Creo que no fui yo quien habló sino mi barbijo, que estaba cada día más audaz.

¿Enseñarle? ¿Qué iba a enseñarle si no tenía prácticamente idea de nada?



—Podría ser —contestó—, pero ¿dónde?

—¿A qué hora salís de acá?

—A las cinco, me reemplaza un primo de Bao que contrataron hasta

fin de mes.

—Te paso a buscar mañana y traigo algo para practicar. Podemos ir a la plaza.

—Bueno —asintió—, mejor nos encontramos ahí. Al lado de los juegos. Tengo muchas ganas de aprender.

Cuando salí no lo podía creer. Acababa de hacer la primera cita de mi vida con una chica para enseñarle algo de lo que no sabía nada. Mi personalidad-barbijo me estaba metiendo en problemas. Tenía que pensar estrategias.

Esa noche vi doce tutoriales sobre reanimación cardiopulmonar en YouTube y practiqué con la almohada. Cuando terminé me sentía un poco más tranquilo. Pero no mucho.

8

A la mañana siguiente tuve que pasar por lo de los Wilkinson con un encargo de mi vieja. Ella tiene ideas muy particulares sobre cómo debe llevarse la relación con los vecinos y, lamentablemente, yo soy su manera de trasmitirlas. En este caso, era yo con una maceta que pesaba bastante. Toqué dos veces el timbre y escuché la voz sorprendida de Liz.

—¿Rob? Hoy no es día de compras.

—Ya sé, Liz, pero le traigo una planta de parte de mi mamá. Le crecieron mucho las azaleas y le manda una. Se la dejo acá.

—Ah, muchas gracias. Qué buena persona es su madre. ¿Cómo anda el embarazo?

También sabía eso. No sé cómo hacía para enterarse de todo. Yo hubiera preferido no hablar del tema.

—Bien, gracias.

—¿Y usted? ¿Contento de que va a tener un hermano? ¿O está celoso?

Me reí y traté de asumir un tono superado, como si la cuestión no me importara nada.

—¿Celoso? No, cómo voy a estar celoso de un bebé. ¿Le puedo preguntar algo, Liz?

—Claro.

—¿Por qué me trata de usted? Tengo catorce años.

Ahora fue ella la que se rio.

— *Oh, yes*. Es que nunca me acostumbré a eso, es más fácil de usted. ¿Cómo quiere que lo trate?

—¡De vos!

—Ok, voy a intentar. Vos también. Entonces, ¿no estás celoso? Pero tampoco estás muy contento, me parece.

—Sí… Bueno, no sé. Espero que podamos mudarnos antes, es muy chico este departamento. Agregar un bebé es un garrón.

Creo que eso sonó mal. Liz volvió a reírse.

—Espere, digo, esperá un momento, que mis piernas se cansan.

Oí ruido de muebles arrastrados: se estaba trayendo una silla. Yo también estaba cansado, así que me senté en el suelo y me apoyé contra la puerta, para oírla mejor. Me pareció que ella hacía lo mismo, porque su voz empezó a llegar más clara. Era raro, estábamos muy cerca, casi pegados, pero no nos veíamos.

—Al menos puede, digo, podés salir —siguió—. Cuando el bebé llore mucho. A mí me encantaba salir cuando podía. Ahora todos me dicen que no salga.

—¿Usted a dónde iba?

—Nos tratamos de vos, dijimos.

—Bueno, ¿a dónde ibas?

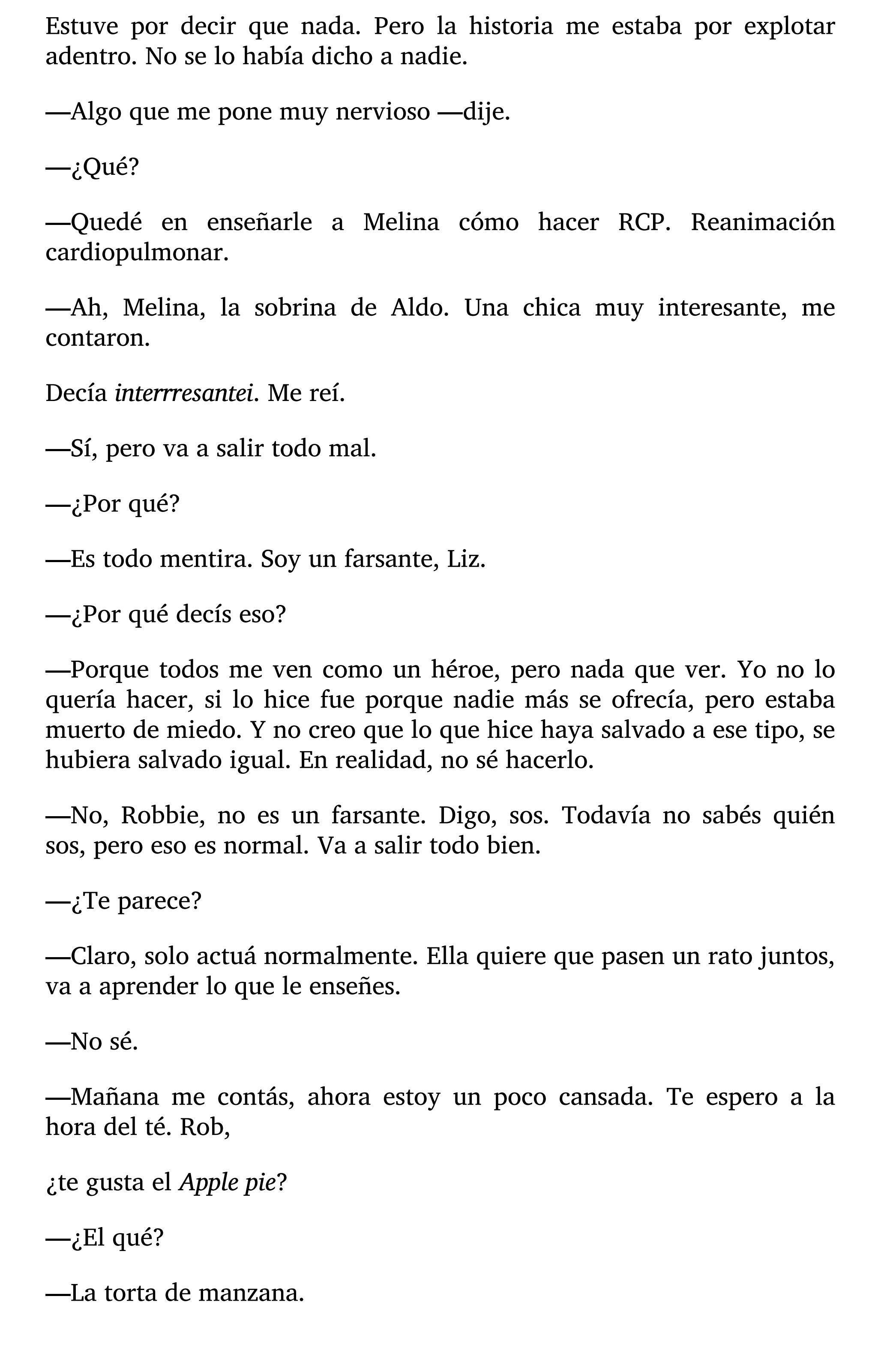
—A hacer las compras, a tomar el té con mis amigas. A veces jugábamos a las cartas.

—¿A qué?

—Canasta. Truco también.

—¿Jugás al truco? Un día tenemos que jugar.

—Claro, me encantaría. Y vos, ¿qué vas a hacer hoy?



Estuve por decir que nada. Pero la historia me estaba por explotar adentro. No se lo había dicho a nadie.

—Algo que me pone muy nervioso —dije.

—¿Qué?

—Quedé en enseñarle a Melina cómo hacer RCP. Reanimación cardiopulmonar.

—Ah, Melina, la sobrina de Aldo. Una chica muy interesante, me contaron.

Decía *interrresantei*. Me reí.

—Sí, pero va a salir todo mal.

—¿Por qué?

—Es todo mentira. Soy un farsante, Liz.

—¿Por qué decís eso?

—Porque todos me ven como un héroe, pero nada que ver. Yo no lo quería hacer, si lo hice fue porque nadie más se ofrecía, pero estaba muerto de miedo. Y no creo que lo que hice haya salvado a ese tipo, se hubiera salvado igual. En realidad, no sé hacerlo.

—No, Robbie, no es un farsante. Digo, sos. Todavía no sabés quién sos, pero eso es normal. Va a salir todo bien.

—¿Te parece?

—Claro, solo actuá normalmente. Ella quiere que pasen un rato juntos, va a aprender lo que le enseñes.

—No sé.

—Mañana me contás, ahora estoy un poco cansada. Te espero a la hora del té. Rob,

¿te gusta el *Apple pie*?

—¿El qué?

—La torta de manzana.

—Sí —respondí un poco desconcertado—, me encanta.

— *Perfect!* A las cinco.

9

Cuando llegué a la plaza ella ya estaba ahí. Mientras me acercaba, me dije que estaba loco al pensar que esa chica podía interesarse en mí. Era demasiado linda, casi dos años mayor que yo y, seguro, sin ningún grano en la cara. ¿Por qué iba a prestarme atención?

Sin embargo, cuando se volvió hacia mí con esa alegría que parecía desprender su cuerpo, recuperé algo de ánimo. O quizá fue mi barbijo el que tomó el mando.

Debería decir que hasta ese momento las mujeres no estaban en mi radar. O sea, pensaba en chicas, como cualquiera. Pero era algo más bien abstracto, algo de lo que iba a ocuparme en el futuro. Y de pronto, esta chica muy real, mayor que yo y demasiado buena para mis posibilidades, me miraba.

—Hola —dijo con un gesto encantador.

—Hola —dije con un nudo en el estómago.

—Vine preparada —levantó el cuaderno y la lapicera que llevaba en la falda y esto me generó más desazón.

—No hace falta anotar nada —aseguré—, es pura práctica.

De mi mochila saqué una almohadilla inflable y mi celular. Tenía que concentrarme en lo poco que sabía.

—La cuestión es el ritmo —le expliqué—. Hay que hacer unas cien compresiones por minuto. Y para eso sirve tener en la cabeza una canción que te marque ese ritmo. Hay una muy vieja…

— *Staying alive* —dijo ella—, la que estabas tarareando vos.

—Exactamente. La traje.

Apreté *play* en mi celular y los Bee Gees empezaron a cantar. Después puse la almohadilla en el suelo, le mostré la posición correcta y cómo se ubicaban las manos, una arriba de la otra.

—En el centro del pecho de la persona. Hay que hacer una presión bastante fuerte, unos cinco centímetros, así que en esta posición

aprovechás el peso de tu cuerpo.

Ella puso sus manos sobre la almohadilla y empezó a presionar. Las tenía un poco separadas.

—Más juntas —dije mientras tomaba con delicadeza una de sus manos y la superponía sobre la otra. El contacto con su piel me produjo un estremecimiento que intenté ocultar con una risa.

—Así está mejor, las dos manos bien firmes para poder hacer fuerza. La fuerza es tan importante como el ritmo.

Y, sí, reconozco que me daba bastante vergüenza hacerme pasar por experto, considerando que había escuchado todo eso en un tutorial de YouTube la noche anterior. Pero a fin de cuentas, yo lo había hecho y no me había ido tan mal.

Practicamos un rato más hasta que le salió perfecto. Mejor que a mí, seguro. Después nos quedamos sentados en el banco. Durante unos segundos hubo un silencio incómodo, que al fin ella rompió.

—¿Pensás ser médico o algo así? —preguntó.

—¿Médico? —la verdad es que nunca lo había considerado—. No sé… Todavía no decidí qué voy a estudiar. ¿Y vos?

—Matemática —dijo sin dudar.

—¿Matemática es una carrera? —pregunté de puro ignorante que soy.

—Claro, se da en Ciencias Exactas.

—Debe ser difícil.

—Sí, pero a mí me gusta mucho la matemática. ¿Y a vos qué te gusta? Alguna idea tendrás.

No le podía decir que no, que todavía no me preocupaba por las carreras.

—A veces pienso en ser abogado. Mi viejo era abogado.

—¿Era? ¿Qué le pasó?

—Murió cuando yo tenía tres años.

—Qué feo. ¿De qué murió?

—Un infarto.

Se produjo un nuevo silencio. Juro que hasta ese momento yo no había hecho la relación.

—Ahora entiendo que sepas todo esto —dijo—.

Lo importante que habrá sido para vos salvar a ese tipo.

Y capaz era así, capaz Melina tenía razón, pero por algún motivo yo no lo había pensado hasta ese instante.

Un rato después ella dijo que tenía que irse porque le quedaba mucha tarea para el colegio. También habíamos hablado un poco de eso: yo le conté que había empezado segundo año en una escuela nueva, pero solo había ido cinco días antes de que se decretara la cuarentena. Que prácticamente no conocía a mis compañeros y las clases por Zoom habían sido bastante flojas.

—Sí —dijo—, es complicado. Hay que acostumbrarse porque dicen que esto va a durar mucho.

En los últimos minutos yo venía pensando con desesperación en que tenía que decir algo que prolongase ese vínculo de alguna manera. Se me ocurrió en ese instante, cuando ella ya se estaba levantando.

—Si querés te paso esa canción para practicar. Y tengo otras con ritmos parecidos…

Volvió a sentarse.

—Claro, podría ser.

—¿A vos qué música te gusta? Tengo muchas cosas.

—En realidad no escucho mucha música. Pero me vendría bien, hay días en el súper que viene poca gente y me aburro.

—Te paso alguna de mis listas. Dame tu celular.

—Dale.

Después de intercambiar los números nos despedimos con un choque de codos. La vi irse, con ese vaivén encantador de su pelo, incrédulo todavía de lo que había sido capaz de hacer. Y seguro de que, tarde o

temprano, la iba a embarrar. Era algo demasiado bueno para salir bien.

10

Nunca fui el alma de las fiestas. Quiero decir, me considero una persona normal, capaz de hacer amigos, pero estoy lejos de ser el más popular de la clase. Y la verdad es que en el último tiempo los amigos venían escaseando. Sucedió cuando terminé el primario. La mayoría de mis amigos de entonces fueron a otros colegios, quedó un curso muy chico y no enganché con esos compañeros. Mi vieja, a quien le gusta analizar todo lo que me pasa, dijo que era normal porque yo había tenido un *desarrollo intelectual precoz* y que en el nuevo colegio, al que iría a partir de segundo año, iba a conocer otra gente y hacer amigos. Pero llegó la pandemia y eso no pasó. Después también aseguró que yo estaba obsesionado con los granos de mi cara y me escondía en casa. Le dije que nada que ver, que estaba totalmente equivocada. Pero qué sé yo…

Quizás todo esto ayuda a entender mis conversaciones con Liz. Sé que es poco frecuente que un chico de catorce años se haga amigo de una señora de setenta y cuatro.

Pero Liz era especial. Y además estaba la puerta, que volvía todo diferente. Hablar con la puerta de por medio era mejor que tener un barbijo de diez capas. No había caras, cuerpos ni gestos. Era simplemente una voz sin edad. Alguien que se reía, que comentaba lo que yo decía, que no esperaba nada de mí. Que no me miraba.

Ese día, al llegar noté que había una reposera plegada junto a la puerta. Toqué el timbre dos veces.

—Hola, Rob —se oía alegre—, te dejé una silla para que estés más cómodo. ¿Qué preferís, té o café con leche?

—Café con leche —dije aún un poco extrañado—. Con azúcar.

Unos minutos después la puerta se abrió ligeramente y una bandeja pasó hacia mi lado. Apenas alcancé a ver un fragmento de su mano antes de que la puerta volviera a cerrarse. En la bandeja había una taza de café con leche y un plato con una porción de torta que se veía espectacular. Manzana con crocante arriba y una bocha de helado de crema a un lado.

—Guau. ¿La hiciste vos?

—Sí, me encanta la repostería. ¿Ya estás sentado?

—Sí. —Con la bandeja sobre las piernas, me bajé el barbijo y probé un bocado—.

Mmmm, esto es lo más rico que comí durante esta pandemia, Liz. O capaz en toda mi vida.

Se rio.

— *Good* 1. Contame, ¿cómo salió todo con Melina?

—Ayer bien, creo. Pero eso no va a andar.

Oí el ruido de la cuchara contra la taza, estaba revolviendo su té. Era lo único que tomaba, después lo supe. Una fanática del té.

—¿Qué es lo que no va a andar?

—Ella y yo. Juntos, digo. En algún momento se va a dar cuenta de todo.

—¿De qué?

—De que no soy como piensa. Ahora no solo me ve como un héroe, sino que cree que yo me había preparado para salvar gente… por la historia de mi papá.

—¿Qué pasó con tu papá?

—Se murió de un infarto. En la calle, cuando salía de trabajar. Pero nada que ver, yo ni siquiera lo pensé. Ya te dije, lo que pasó en el chino fue algo que no pude evitar, un accidente.

—Pero quizá Melina no está tan equivocada. A veces no entendemos por qué hacemos las cosas hasta mucho después de hacerlas. ¿Y cómo era tu papá?

—¿Cómo era? —Nunca nadie me había preguntado eso—. No sé mucho, tenía tres años cuando se murió. Mamá dice que era gracioso, que tenía mucho sentido del humor. Y que era buena gente, siempre dice eso.

—Y heredaste esas cosas.

—¿Te parece?

—Me parece, sí. ¿Ya terminaste el café y la torta? ¿Querés más?

—No, gracias, estoy lleno.

—Podríamos jugar unas manitos de truco, ¿qué te parece?

Era gracioso cómo decía *trrucow*. Al principio no entendí.

—¿Truco?, pero ¿cómo?

—Pasamos la carta hasta la mitad debajo de la puerta. Voy a buscar el mazo.

La verdad, yo no tenía mucha fe en la capacidad de Liz para el truco. No sé, me parecía que una extranjera de su edad no podía ser buena en este juego. Y las primeras manos me dieron la razón, porque hizo unas jugadas bastante flojas. Después pareció ir cobrando más seguridad. Yo iba ganando cuando en el reparto me salió el as de bastos.

La primera carta la jugamos callados. La mano iba mía. Antes de tirar la segunda canté.

—Truco.

Silencio.

—¿Liz?

—Bueno… —su voz titubeó— quiero.

Tiré un dos de espadas y ella lo mató con un siete de espadas. Eso pareció darle ánimos.

—Quiero retruco —dijo.

Me reí.

—Quiero vale cuatro.

Volvió a dudar.

—Quiero…

Pasé mi carta hasta la mitad, esperando su grito frustrado. Pero

entonces vi que por debajo de la puerta avanzaba muy lentamente el as de espadas. La muy maldita, haciéndose la ingenua.

—¡Me engañaste, Liz!

Se empezó a reír con muchas ganas. Con estruendosas carcajadas. Se la oía realmente feliz.

1. Bien.

11

Cuando al otro día fui al chino Melina no estaba. Su lugar lo ocupaba el primo de Bao, porque ella tenía franco. Esa fue la primera mala noticia. La segunda me la dio Rosa al verme.

—La familia del hombre que salvaste me pidió que los llamara cuando vinieras, quieren pasar a saludar.

—No, no —intenté disuadirla—, me voy enseguida.

—Es un momento, viven a dos cuadras —y mientras lo decía sacaba su celular—, no van a tardar nada.

—No hace falta, no…

No hubo manera de convencerla. Pensé en fugarme antes de que llegaran, pero todavía estaba en la mitad de las compras cuando apareció la mujer. Tendría unos cuarenta años, el pelo largo y una bolsa grande en las manos. Rosa me pidió que me acercara. Ella extendió los brazos.

—¿Sos vos? ¿Roberto?

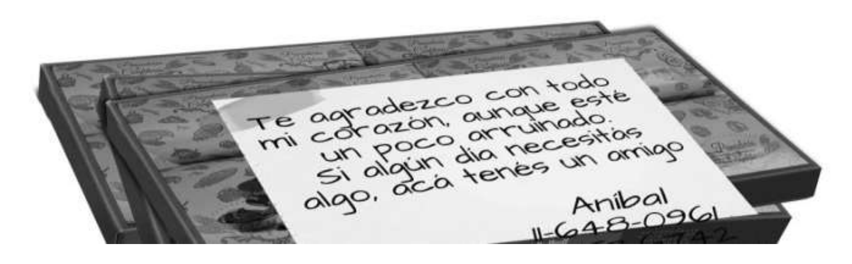
Asentí.

—Me gustaría abrazarte, pero en esta época no se puede. No sabés lo agradecidos que estamos… Los médicos dijeron que si no fuera por vos se moría y que…

No pudo seguir porque se le había quebrado la voz. A mí se me pegan esas cosas enseguida y los ojos se me llenaron de lágrimas. Qué vergüenza, por favor.

—No fue nada —intenté decir, pero me sentí un idiota—. ¿Cómo está ahora?

—Mejor, descansando. Tiene que cambiar un poco de vida, dejar de fumar, pero dicen que va a estar bien. Mirá, te queríamos regalar algo, pero no sabíamos nada de vos. Y bueno, los alfajores le gustan a todo el mundo.



Extendió la bolsa hacia mí. Adentro había tres cajas de alfajores y una nota. La saqué: Firmaba Aníbal y estaban sus teléfonos.

La mujer y Rosa me miraban con los ojos llorosos y yo volví a emocionarme. Un papelón.

Le dije a Liz que estaba harto de ser héroe. Que no soportaba más que me agradecieran y me miraran con caras de terneros degollados. Soltó una carcajada.

—Ya va a pasar, pronto nadie se va a acordar. ¿Cómo andan las cosas con Melina?

—Nada muy interesante. Le pasé música, me agradeció, pero nada más.

—Quizás es cuestión de hacer una movida, Rob.

—¿Una movida?

—Claro, tomar la iniciativa.

—¿Cómo? Me da mucha vergüenza invitarla a salir, Liz. Nunca aceptaría, tiene un año más que yo, casi dos. Además no sé adónde iríamos.

—¿Qué tal te va en matemática?

—Qué sé yo, pasable, me cuesta un poco. ¿Qué tiene que ver?

—Podrías pedirle que te ayude.

—¿Que me ayude en matemática? Eso es muy aburrido…

Se rio.

— *So what*?! —Se tradujo enseguida—. ¡¿Y qué?! El tema es tener una excusa. Si no es esa, puede ser otra. Las relaciones están llenas de excusas, Robbie. Hay que encontrar la apropiada.

Como siempre, tenía razón.



12.

El miércoles era día de compras. Con el carro y la lista me fui al chino, esperando encontrar a Melina. Cuando me acercaba vi con sorpresa que la persiana metálica estaba baja. Miré la hora en mi celular: once y veinte. No tenía sentido. Recién entonces me di cuenta de que había un cartel. Era un cuadrado de papel desprolijo, pegado con cinta gris. Decía:

Una señora acababa de pararse a mi lado y fruncía el entrecejo.

—Qué raro —dijo con suspicacia—. Acá pasó algo, ¿no?

—Ni idea. ¿Qué es inventario?

—Una revisión de toda la mercadería.

Sí, sonaba raro. Volví apurado y toqué dos timbres en lo de Liz.

—¿Qué pasó?

—Está cerrado. Dice “por inventario” —le grité a través de la puerta —. ¿Querés que vaya a otro lado?

—No, quedate ahí, voy a llamar a Rose.

Su voz volvió unos minutos después.

—La realidad es que ahora se enfermaron dos personas: el cuñado de Bao, que estaba yendo a atender la caja por las noches, y una prima de Rose, que ayudaba con la [redacted]

[redacted]

reposición. Todos están muy preocupados, por eso decidieron cerrar un día, para ventilar y hacer una desinfección a fondo. ¿Vos estuviste alguna vez con ellos dos?

—Creo que no —dije—, nunca voy de noche.

Pero de solo pensarlo me empezó a doler el pecho. Hasta ese momento para mí el coronavirus era básicamente barbijos, alcohol en gel, quedarse en casa. Ahora empezó a ser algo más concreto. Pensé en Melina.

—¿Alguien más tiene síntomas?

—Por ahora no. Están viendo cómo se arreglan para abrir mañana.

Esa tarde le mandé un mensaje a Melina. Me pareció que todo lo que había pasado era una buena excusa, la excusa que necesitaba.

Respondió enseguida. Ese fue el comienzo de nuestra conversación. A partir de ahí no la dejamos más. Hablábamos por escrito la mayoría de los días. Pero además yo hablaba con ella en mi cabeza. Todo el tiempo. Pensaba en qué iba a decirle la próxima vez. O en alguna frase divertida, que la hiciese reír. En poco tiempo los diálogos empezaron con cualquier cosa, ya no hacía falta excusa.

Pero esa primera vez, sí, fue lo del contagio.

Me enteré lo del cuñado de Bao y la prima de Rosa. ¿Cómo estás vos?

Yo bien, pero él está internado. Con complicaciones.

¿Estuviste con alguno de ellos?

No, iban en otro horario, pero igual me preocupa.

Me imagino. ¿Vas a seguir trabajando ahí?

Sí, mi tío me pidió que siga un poco hasta que se organicen. Mis viejos no están muy contentos.

¿Por?

Se suponía que iban a ser unos días nada más. Y tienen miedo de que me enferme. Pero igual nos viene bien la plata, mi mamá se quedó sin trabajo.

¿Sos hija única?

No, somos cuatro. Pero soy la mayor. ¿Y vos?

Era único, pero mi vieja está embarazada. Así que voy a tener un hermano. En realidad, una hermana, porque acaba de saber que es nena.

¿Te gusta la idea?

¿De que sea nena?

[redacted]

[redacted]

[redacted]

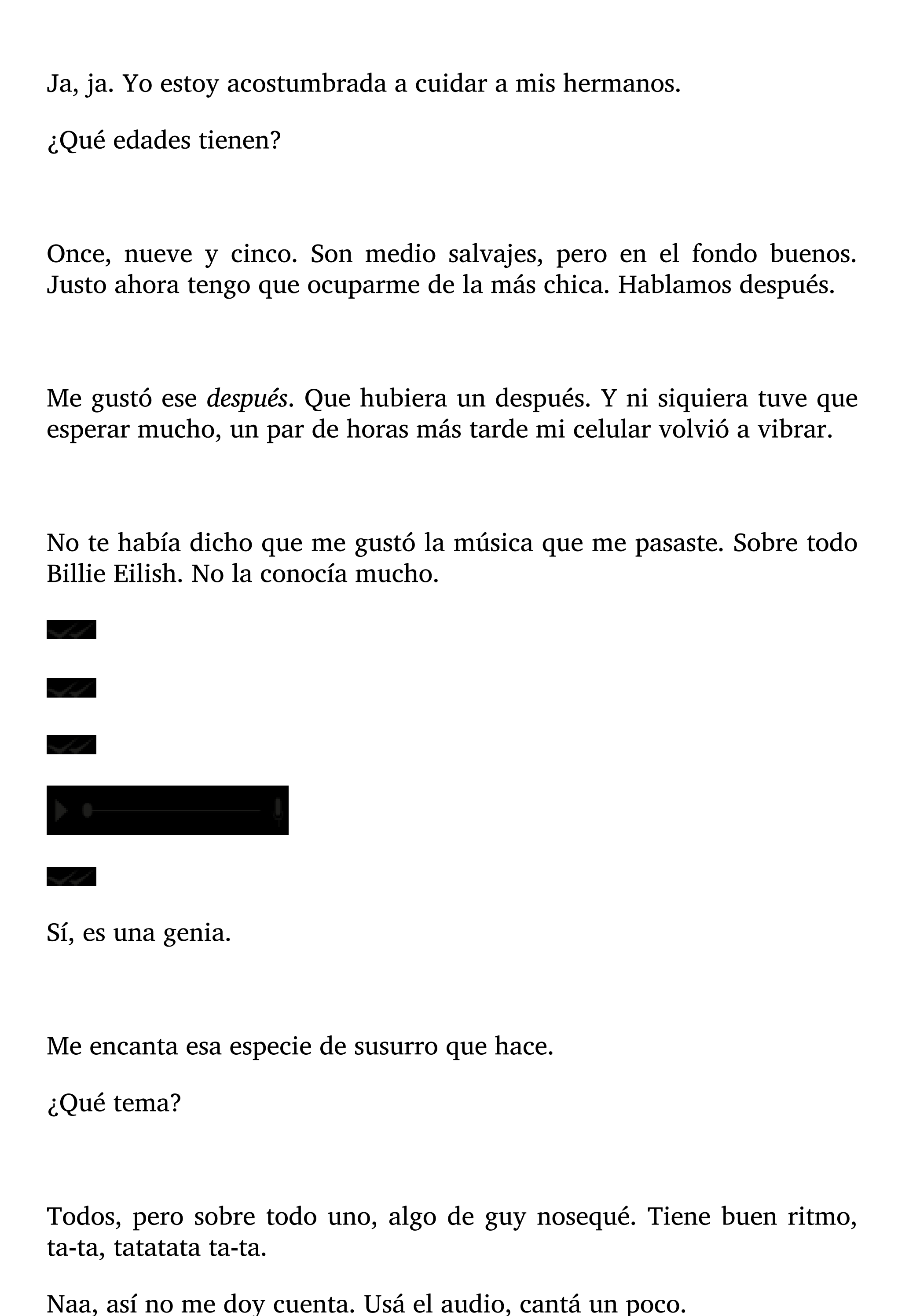
No, de tener una hermana.

Mucho no. Ya estoy grande para tener hermanos.

Era la primera vez que lo admitía así, de una.

¿Qué tiene de malo?

No sé, me hace sentir raro. Además, un bebé hace mucho quilombo. Y seguro van a querer que la cuide, eso es un plomo.



Ja, ja. Yo estoy acostumbrada a cuidar a mis hermanos.

¿Qué edades tienen?

Once, nueve y cinco. Son medio salvajes, pero en el fondo buenos. Justo ahora tengo que ocuparme de la más chica. Hablamos después.

Me gustó ese *después*. Que hubiera un después. Y ni siquiera tuve que esperar mucho, un par de horas más tarde mi celular volvió a vibrar.

No te había dicho que me gustó la música que me pasaste. Sobre todo Billie Eilish. No la conocía mucho.

Sí, es una genia.

Me encanta esa especie de susurro que hace.

¿Qué tema?

Todos, pero sobre todo uno, algo de guy nosequé. Tiene buen ritmo, ta-ta, tatatata ta-ta.

Naa, así no me doy cuenta. Usá el audio, cantá un poco.

El audio llegó unos segundos después. Cantaba *Bad guy* con una voz de seda.

Sí, ese tema es genial. Cantás bien.

Me estás cargando.

No, de veras, cantás muy bien.

[redacted]

Sí, seguro.

Durante días lo oí una y otra vez. Cada vez que la extrañaba. Su voz tersa tarareando en mi oído.

13.

Liz opinó que era un avance. *Very, very good* 2, dijo.

—¿Te parece?

—Claro, todo ese diálogo.

—Pero no nos vemos, apenas algún cruce en el súper y siempre está muy ocupada.

Igual, no sé para qué pienso tanto, si no me va a dar pelota.

—Te está *dando pelota*. Linda expresión esa, *dar pelota*. ¿Viene del fútbol?

—Ni idea. No, Liz, te digo que es imposible. Tiene dos años más que yo.

—Dos años no es nada.

—No es nada a tu edad, pero a la nuestra… Perdón, no quise decir…

Se rio con ganas.

—¿Qué soy vieja? Pero es cierto, soy vieja. Si a ella no le importan los dos años no tienen por qué importarte a vos. Lo que cuenta es que el diálogo avanza…

—Sin vernos.

—Tampoco nos vemos nosotros y ya somos amigos, ¿o no?

—Pero es distinto. Igual, me gustaría saber cómo sos.

— *Old!* ¡Vieja!

—No, en serio, Liz. Podríamos abrir la puerta. Si mantenemos la distancia…

—No. —El tono fue firme, casi duro—. Yo me tengo que cuidar mucho. Pero esperá un momento.

Volvió unos minutos después y pasó algo por debajo de la puerta. Una foto.

—Es de hace un par de años.

La agarré. Tenía una linda cara, el pelo canoso con reflejos rubios y aros grandes.

—No sos tan vieja.

—Ahí salí favorecida, ahora estoy más… *ruined*. ¿Arruinada se dice? Pero de joven era otra cosa. ¿Te gustaría verme?

—¡Sí!

Escuché ruido de papeles, debía estar buscando en alguna caja o álbum. Enseguida pasó otra foto.

—Guau. Eras muy linda. ¿Qué edad tenías acá?

—Veintitantos. Una nena. Sí, en esa época me importaba mucho todo eso, pero después uno aprende que no es lo fundamental. La belleza se pierde tarde o temprano.

Always [3] . Otras cosas duran más. Y pesan más. Pero yo tampoco sé cómo sos vos.

—Mentira, vos me espiás por la mirilla.

—¡Es cierto! Pero la verdad es que se ve bastante mal. ¿No tenés una foto?

—¿Acá? No. Pero te puedo hacer un dibujo, pasame un papel.

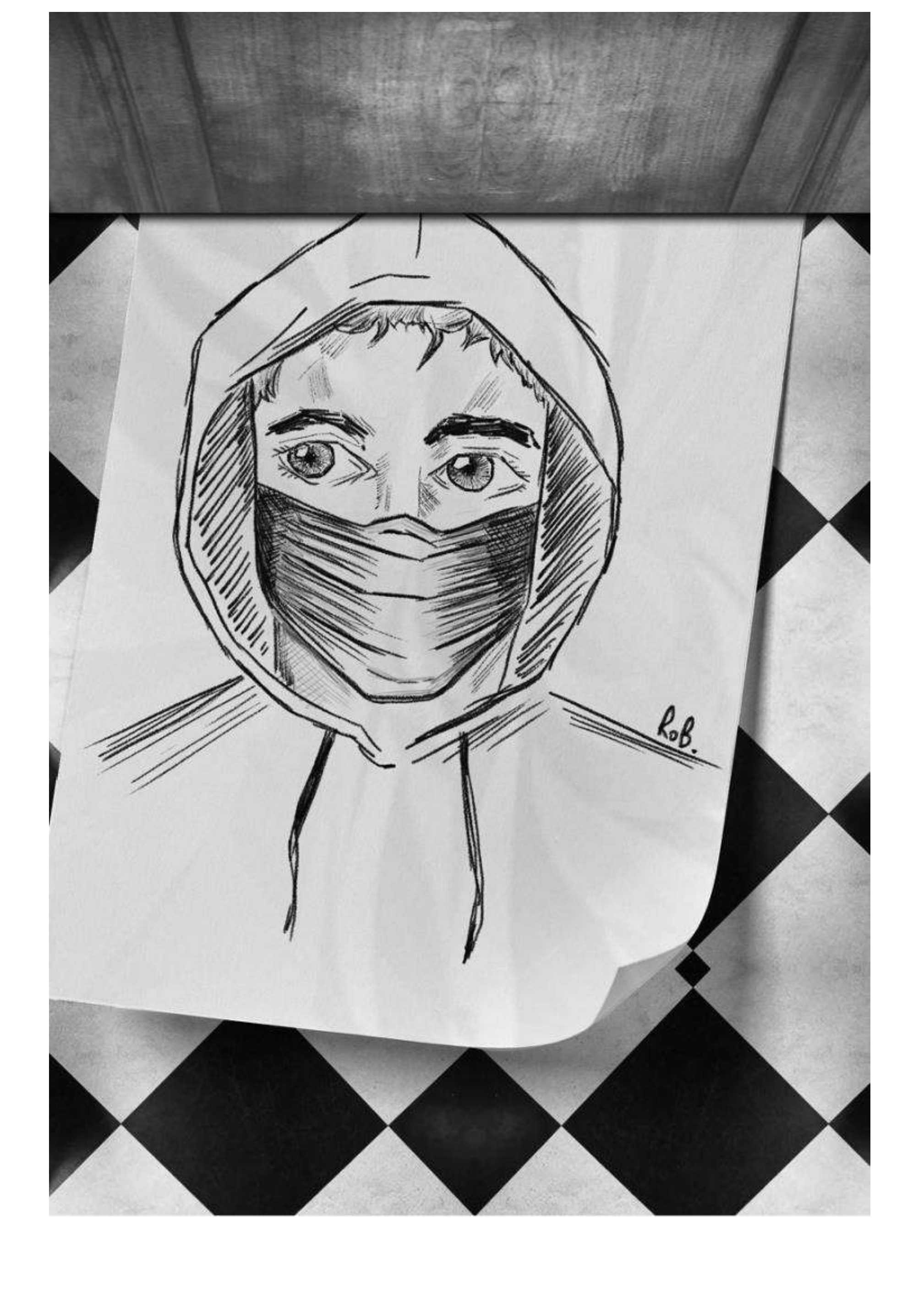
—¿Un dibujo? —Me pareció que el asunto le divertía. Segundos después deslizó un papel por debajo de la puerta—. Mientras lo hacés, me busco un poco de agua.

Lo hice rápido: tenía ese retrato muy estudiado. Me dibujé con el buzo negro y el barbijo.

—Te lo paso, Liz. Este soy yo.

Se tomó unos segundos para mirarlo.

— *Excellent*, Robbie, dibujás muy bien. Impac-tante. ¿Por qué con barbijo?



Siempre me hacía gracia cómo decía esa palabra. Le costaba. *Barrrbihou.*

—Así soy yo ahora. Con barbijo, siempre. Ya es parte de mi cara.

—Está muy bien, de verdad. Un don que tenías escondido. Un artista.

—No es para tanto… Me gusta dibujar, ahora estoy haciendo un cómic.

—Sos un chico con muchas virtudes, ¿ves? Seguí hablándole a Melina, vas a ver que la cosa va a andar bien.

—A veces no sé de qué…

—Lo que salga. Lo que permita que se conozcan. Mostrate un poco, Robbie, aunque no sea la cara.

Me reí. Pero no le dije que creía que no tenía nada interesante para mostrar. Y que mostrarme me aterrorizaba. Sobre todo, la cara.

2. Muy, muy bien.

3. Siempre.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

14.

Ya eligieron nombre: Malena.

¿De quién?

De mi hermana, la que va a nacer. Es parecido a tu nombre, ¿no? Malena-Melina.

Es cierto. ¿Te gusta?

Sí, los dos me gustan.

¿A vos cómo te dicen?

Meli. A veces Melu. ¿A vos?

En mi casa Rober. Liz me dice Rob.

Te voy a decir Rob.

Claro, como quieras.



[redacted]

[redacted]

Mirá dónde se metió mi gato.

¿Qué hace ahí arriba? Se va a matar.

No, los gatos saben saltar.

¿Tres hermanos y un gato?

¿No es mucho?

Ja, ja, sí, es mucho. El gato es el que mejor se porta. ¿Vos tenés mascotas?

No, en este departamento sería terrible. Capaz cuando nos mudemos puedo tener un perro.

¿Te vas a mudar? ¿Cuándo?

Falta mucho, está todo en obra.

[redacted]

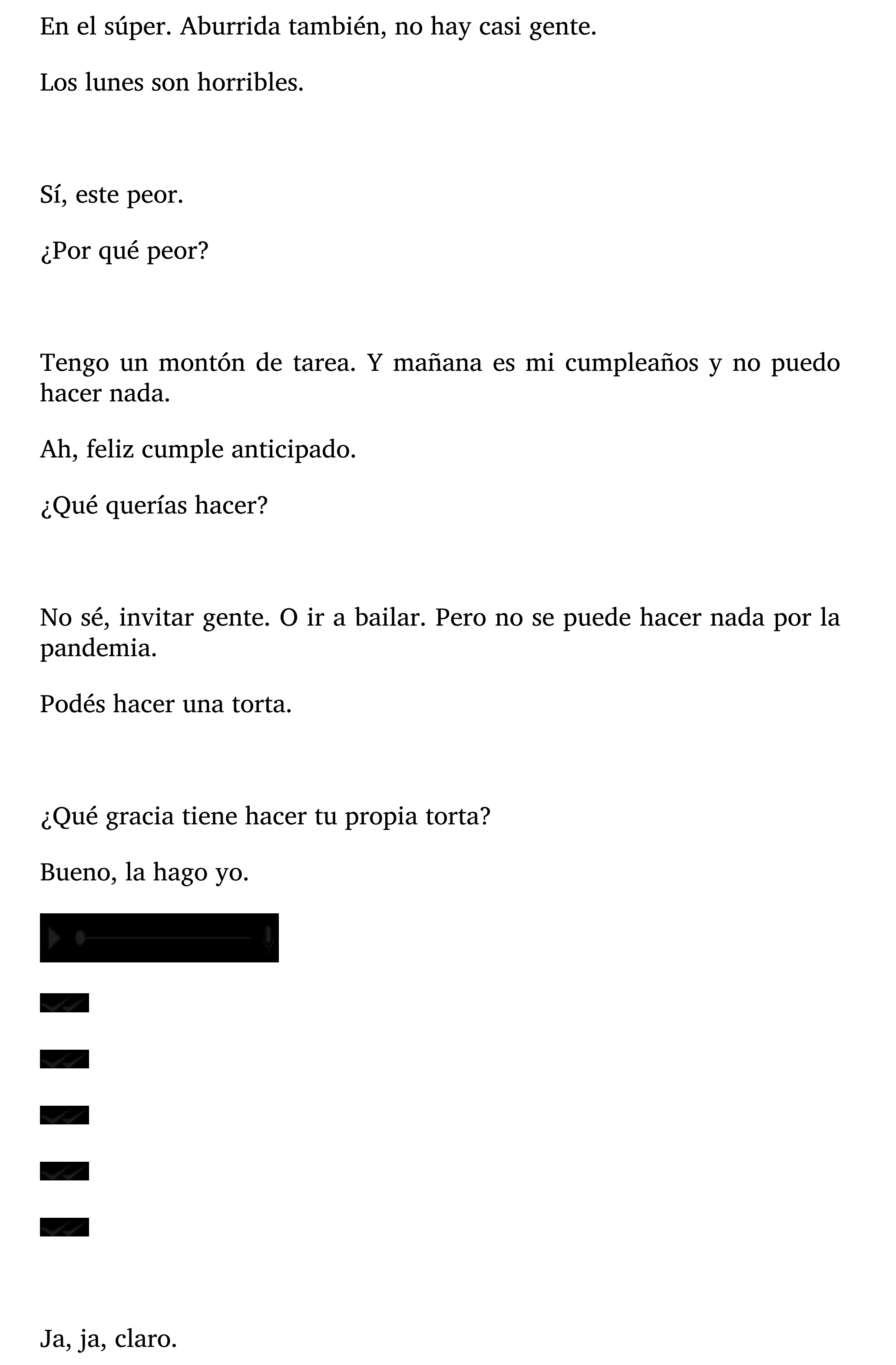
[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

Estoy aburridísimo. ¿Vos qué hacés?



En el súper. Aburrida también, no hay casi gente.

Los lunes son horribles.

Sí, este peor.

¿Por qué peor?

Tengo un montón de tarea. Y mañana es mi cumpleaños y no puedo hacer nada.

Ah, feliz cumple anticipado.

¿Qué querías hacer?

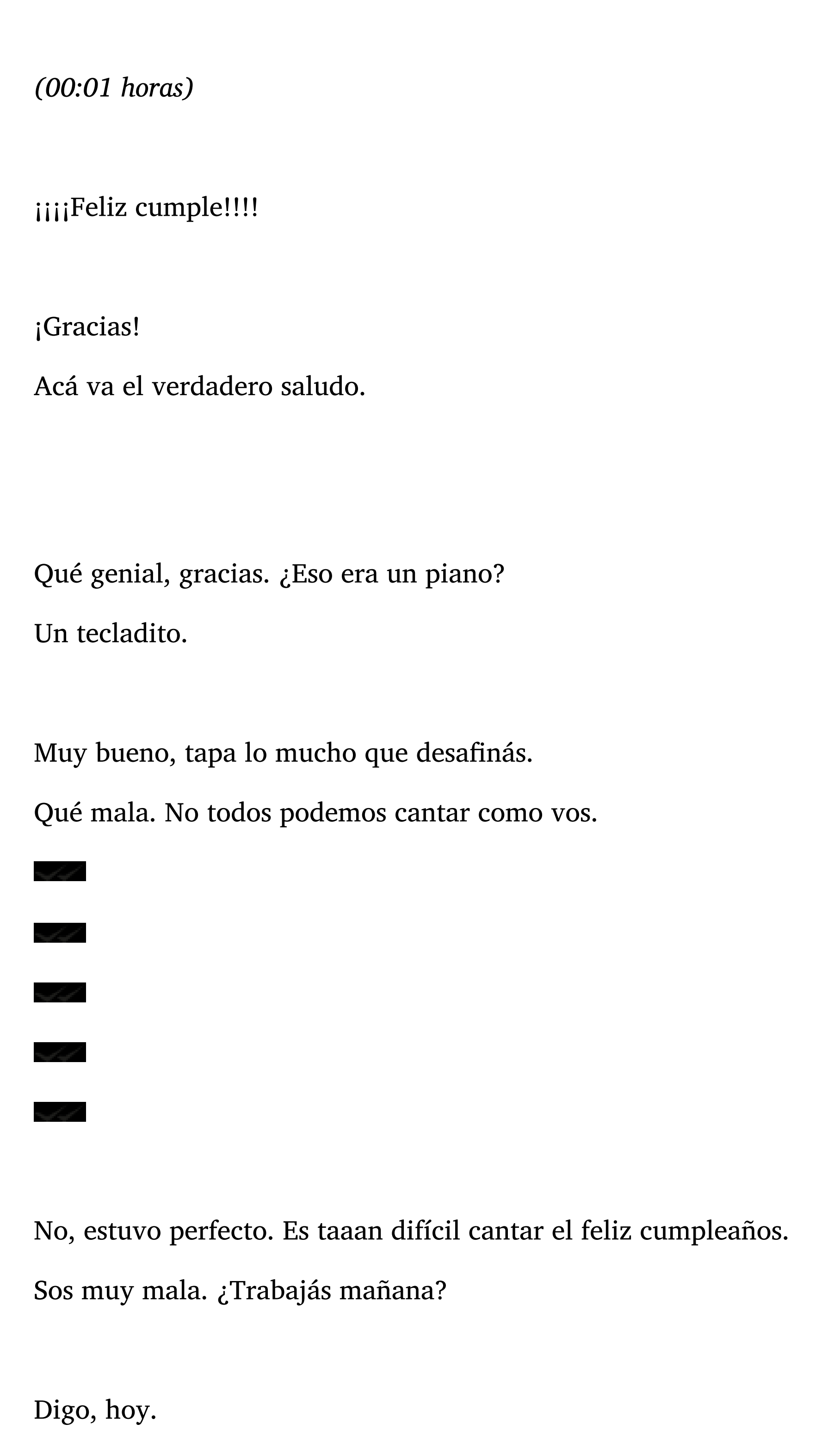
No sé, invitar gente. O ir a bailar. Pero no se puede hacer nada por la pandemia.

Podés hacer una torta.

¿Qué gracia tiene hacer tu propia torta?

Bueno, la hago yo.

Ja, ja, claro.



(00:01 horas)

¡¡¡¡Feliz cumple!!!!

¡Gracias!

Acá va el verdadero saludo.

Qué genial, gracias. ¿Eso era un piano?

Un tecladito.

Muy bueno, tapa lo mucho que desafinás.

Qué mala. No todos podemos cantar como vos.

No, estuvo perfecto. Es taaan difícil cantar el feliz cumpleaños.

Sos muy mala. ¿Trabajás mañana?

Digo, hoy.

Sí, no pude zafar.

¿Nos vemos después? Así te doy la torta.

Ja, ja. Era un chiste lo de la torta.

No, de verdad, soy buenísimo con las tortas. ¿A las cinco?

Dale, en el parque.

15

No sé en qué estaba pensando cuando lo dije. Jamás en mi vida había hecho una torta. Supongo que me pareció que me hacía quedar bien, mayor, desenvuelto. ¿Y ahora qué? La primera posibilidad que consideré fue que mi vieja me la quisiera hacer. Pero nada más lejos de sus intenciones: dijo que estaba ocupadísima y además con el embarazo el olor de la masa le daba náuseas. Que me arremangara y la hiciera solo.

Esa fue la segunda posibilidad que pensé: preparar una de esas tortas de paquete, las que vienen prehechas. Pero era muy básica y me hacía quedar mal. La tercera fue comprar una. Claro que se iba a notar que era comprada y yo había dicho que iba a hacerla. Era un callejón sin salida. La cuarta posibilidad era clavarme un puñal por ser tan estúpido. Fue cuando se me ocurrió pasar por lo de Liz.

Toqué el timbre y atendió Jim.

—¿Quién es?

—Rob. ¿Está Liz?

—Está descansando. ¿Pasa algo?

Oí ruidos de fondo y me pareció que discutían en inglés. Uno minutos después apareció su voz.

—Hola, Robbie. ¿Qué necesitás?

Le expliqué brevemente el asunto. Que tenía que llevar una torta al

parque, sí o sí.

Que era muy importante. Que el futuro de la relación dependía de esa torta. Se rio.

—Te metiste en un problema. Bueno, yo te la hago. ¿De chocolate te parece bien?

—Excelente. Pasame la lista de ingredientes y voy a comprar.

—No, tengo todo. Vení a buscarla en un par de horas.

Cómo la quise ese día a Liz. En realidad, ya la quería, pero ese día más. Cuando pasé más tarde ya la había empaquetado. La puerta se abrió un poco y la deslizó hacia mi lado.

—Espero que te haga quedar bien. Después me contás.

Creo que se había vestido especial por ser su cumpleaños. Tenía una remera escotada con flores y un jean negro. Qué linda es, pensé mientras me acercaba, qué idiota soy por pensar que le intereso.

—Feliz cumple.

—¡Gracias!

Extendí el paquete. Se había sentado en el mismo banco que la otra vez y yo me acomodé a una prudente distancia. No sé si fue por el distanciamiento social o por el miedo que me daba toda la situación. Ella abrió lentamente la caja. La torta era impresionante.

—¡Qué increíble! Mirá lo que sos capaz de hacer.

Sonreí con vergüenza bajo el barbijo. En el bolsillo había llevado una velita y una caja de fósforos.

—No voy a cantar —le dije—, porque me acusan de desafinar.

Me pareció que sonreía.

—No, por favor, cantá otra vez. Me encanta cómo desafinás.

Así que canté. Ella se corrió un poquito el barbijo y sopló la velita. Me dijo que había pedido tres deseos y que no iba a contármelos.

Después quiso que la cortáramos, pero yo no había llevado cuchillo ni platos. Ni loco me sacaba el barbijo para comer.

Esa tarde hablamos un poco de todo. Me contó que quizás en una semana dejaba el trabajo en el súper, una vez que volviera la familia de Bao.

—Mis viejos no quieren que trabaje, pero en realidad el sueldo ahora nos viene muy bien.

—¿Por?

—Papá trabaja en construcción y ahora está todo medio parado. Y mi mamá era encargada de un negocio de ropa que cerró. Así que andamos bastante mal de plata. ¿Y

en tu casa?

Le dije que mi vieja y Luis mantenían sus trabajos, así que en ese plano nada había cambiado.

—¿Te llevás bien con él?

—Sí, bastante.

—No sonás muy convencido.

—De verdad, está todo bien. Lo que pasa es que todavía me cuesta acostumbrarme, durante muchos años fuimos mi mamá y yo solos. Es raro que todo el tiempo haya alguien más. A veces me gustaría que se fuera unos días.

Creo que era la primera vez que le decía esto a alguien. A mí mismo me sorprendió mi honestidad: supongo que se me escapó. Porque la verdad es que la mayor parte del tiempo con Melina me cuidaba de no decir nada que me hiciera quedar mal. No es que me atrajera mentir, pero quería gustarle. Desesperadamente. Y si para eso hacía falta dejarle creer que era un experto en salvar gente o en preparar tortas espectaculares, estaba dispuesto a seguir haciéndolo.

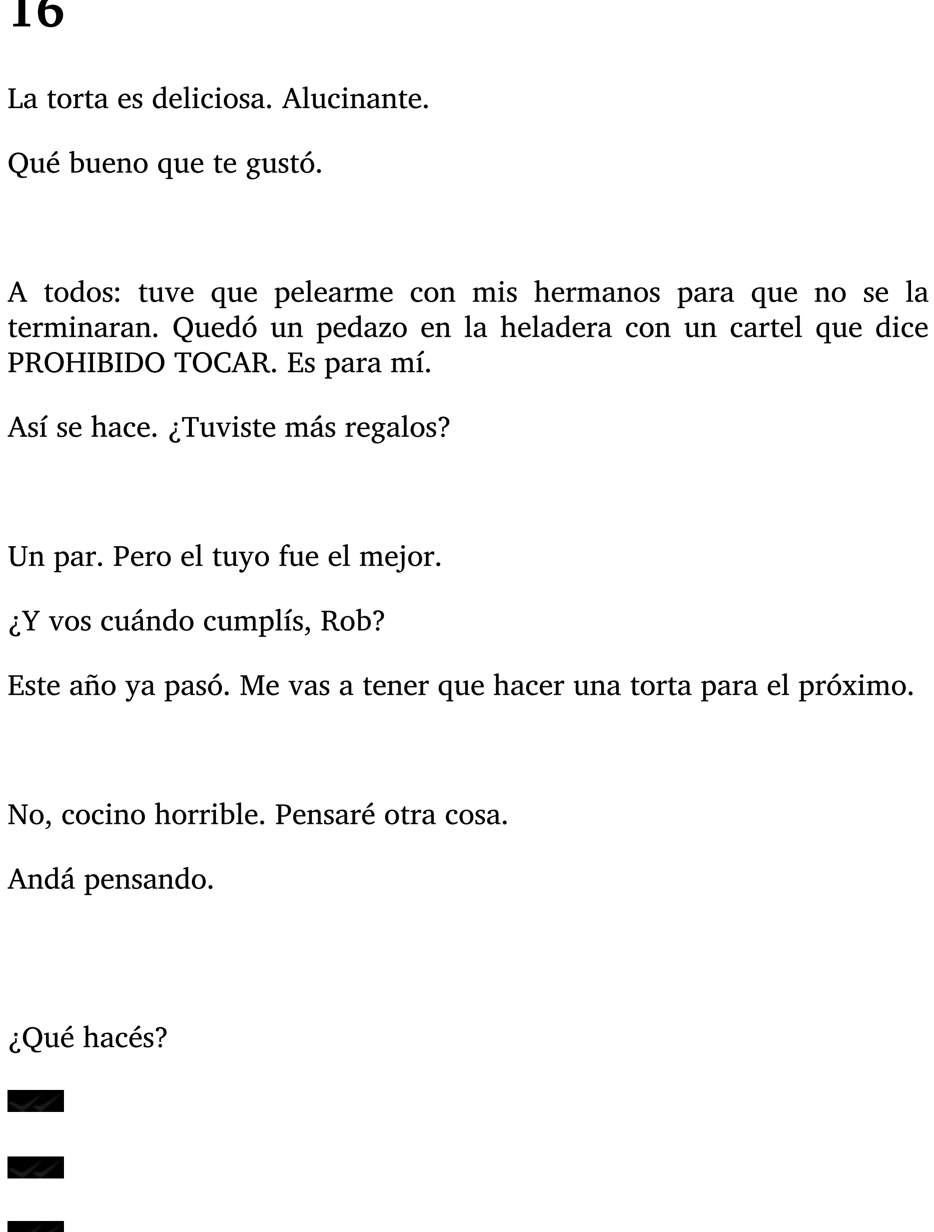
[redacted]

[redacted]

[redacted]



16



La torta es deliciosa. Alucinante.

Qué bueno que te gustó.

A todos: tuve que pelearme con mis hermanos para que no se la terminaran. Quedó un pedazo en la heladera con un cartel que dice PROHIBIDO TOCAR. Es para mí.

Así se hace. ¿Tuviste más regalos?

Un par. Pero el tuyo fue el mejor.

¿Y vos cuándo cumplís, Rob?

Este año ya pasó. Me vas a tener que hacer una torta para el próximo.

No, cocino horrible. Pensaré otra cosa.

Andá pensando.

¿Qué hacés?

En el súper. De malhumor.

¿Por?

Vinieron dos chicas de mi colegio a comprar y me hicieron sentir mal.

¿Por qué?

Me miraban como con desprecio. Se reían. Supongo que porque trabajo acá. O porque no me visto como ellas, qué se yo.

No te calientes. ¿Qué te importa?

Sí, ya sé, pero no lo puedo evitar.

Son unas taradas.

No les des bola. Pensá en otra cosa.

Estoy pensando en la porción de torta que quedó en casa y que voy a comer apenas llegue.

Eso, buena idea.

[redacted]

[redacted]

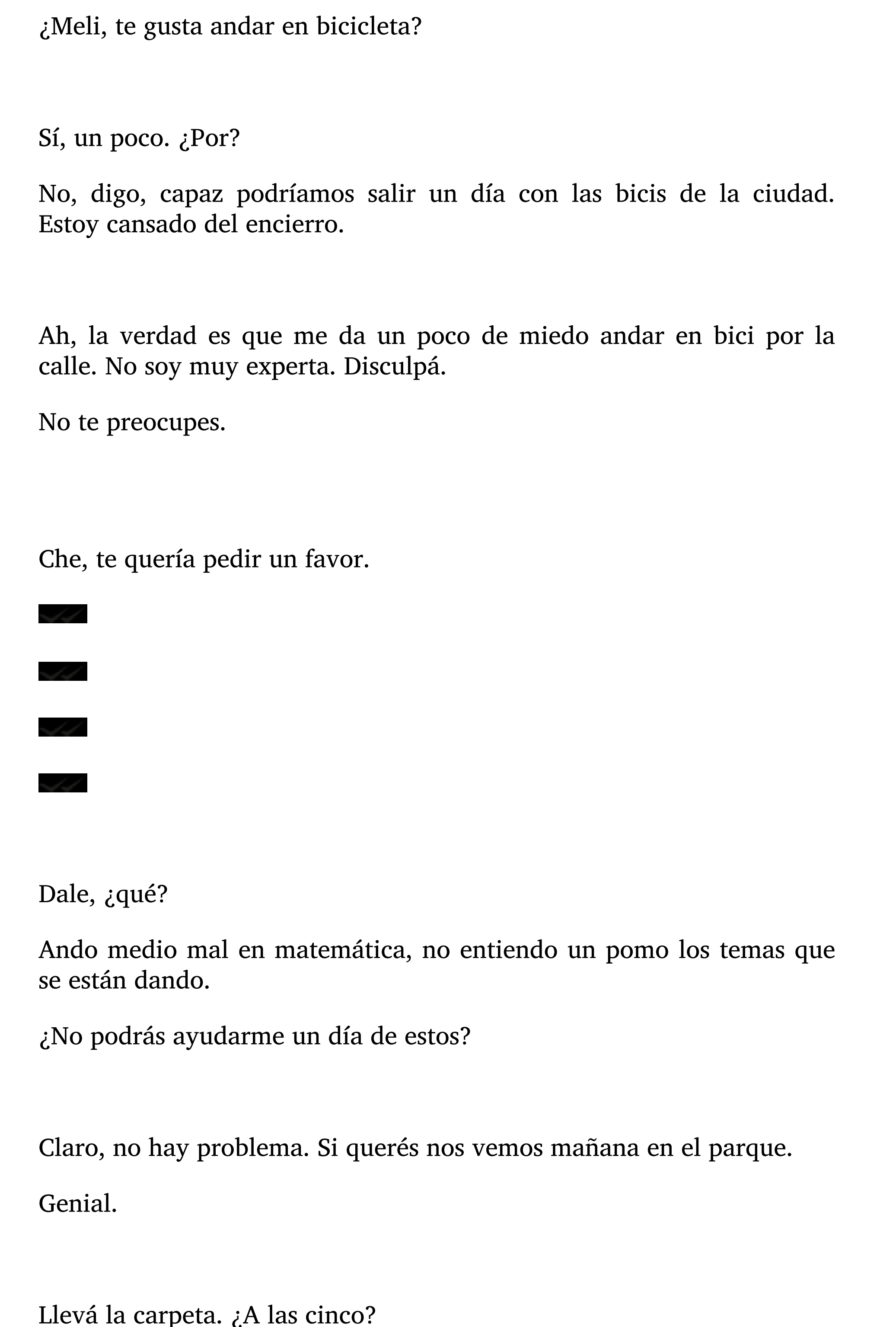
[redacted]

[redacted]

[redacted]

Si alguno de mis hermanos la tocó lo asesino con mis propias manos.

Ok. Cuando te manden presa te llevo otra torta a la cárcel.



¿Meli, te gusta andar en bicicleta?

Sí, un poco. ¿Por?

No, digo, capaz podríamos salir un día con las bicis de la ciudad. Estoy cansado del encierro.

Ah, la verdad es que me da un poco de miedo andar en bici por la calle. No soy muy experta. Disculpá.

No te preocupes.

Che, te quería pedir un favor.

Dale, ¿qué?

Ando medio mal en matemática, no entiendo un pomo los temas que se están dando.

¿No podrás ayudarme un día de estos?

Claro, no hay problema. Si querés nos vemos mañana en el parque.

Genial.

Llevá la carpeta. ¿A las cinco?

Perfecto.

17

Le dije a Liz que su torta había sido un éxito espectacular.

—¿Nunca se te ocurrió poner una fábrica de tortas? Te harías rica.

Se rio.

—No, estoy vieja para eso. Ya no tengo ganas de trabajar. Las tortas son un *hobby*.

—¿Trabajabas antes?

—Sí, durante muchos años di clases de inglés en un instituto.

—Ah, ya sé a quién pedirle ayuda si me va mal en inglés.

—No sé si te conviene. Dicen que soy muy exigente.

—Sí, me imagino. Sabés que al final le pedí ayuda a Melina con matemática.

Volvió a reírse y le dio tos. Tosió bastante rato. La oía bien porque últimamente dejaba una pequeña rendija abierta. Para no tener que forzar la voz, decía. Igual no nos veíamos.

—Voy a buscar un vaso de agua, un momento.

Seguía tosiendo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, ya pasa. Así que te decidiste. ¿No es que era muy aburrido?

—Sí, pero no se me ocurría otra cosa. Nos vamos a ver mañana.

—Muy bien. ¿Y ya sabés con qué te va a ayudar?

—No, ni idea. Tengo que mirar los temas de matemática. No me acuerdo qué estamos viendo.

—Hay que trabajar las excusas, Robbie. Es como en el truco, si vas a mentir, hacelo bien.

—En realidad no es tanto una mentira, porque no entiendo mucho de matemática.

—La mentira es que eso te importa.

—Es cierto.

—La otra sería terminar con las excusas. ¿Cuándo le vas a decir que te gusta?

—¿Qué? No, ni loco. La voy a asustar.

—¿O te vas a asustar vos? —Tosió otra vez—. Algún día tendrá que ser.

—Por ahora no. Es muy pronto. Che, Liz, te quería decir otra cosa.

—¿Qué?

—Que no quiero que me pagues más por ir al chino. Somos amigos, ¿no?

—Mmm, *I don't know*. No lo sé. O sea, sí, somos amigos, pero me siento mal si hacés todo ese trabajo y no te pago.

—Vos me hiciste la torta y no te pagué. Lo justo es justo.

—Es cierto, lo justo es justo. Mirá, hagamos esto: las próximas tres compras no te pago, así me cobro la torta. Y después…

—Dale.

18

El asunto de la torta no se le había pasado por alto a mi vieja. En realidad, nada se le pasaba por alto. Cuando supo que iba a salir para que una amiga me ayudara con matemática alzó las cejas. Estábamos tomando el té en la cocina, porque Luis daba una clase con la computadora desde el living. Nos habíamos sentado junto a la heladera en bancos incómodos y con las bandejas sobre las piernas. La cocina también era muy chica: no entraba una mesa.

—¿Qué amiga? ¿Esto tiene que ver con la torta del otro día?

Tragué un bocado de tostada.

—Sí, una amiga nueva.

—¿Dónde la conociste?

—En el chino. El único lugar al que voy.

—Mmm... ¿Y te gusta?

—¡Ma!

—¿Qué? ¿No puedo preguntar si te gusta?

—¡No!

—Está bien. Pero espero que te cuides, Rober.

Por un momento pensé que me estaba hablando de sexo. La miré horrorizado. No podía creer que fuéramos a tener *esa* conversación.

—¿Qué querés decir?

—Que no descuides el asunto de la distancia, el barbijo, el alcohol en gel, verse siempre en espacios abiertos…

Respiré con alivio.

—Obvio, ya sé todo eso.

—Tené en cuenta nuestra situación. Yo tengo que cuidarme mucho por el embarazo.

—Sí, ma, no me olvido de esas cosas.

—No quiero que te saques el barbijo. Cada vez veo más gente por la calle que lo lleva de collar. Prometeme que no te lo sacás.

—Te prometo.

Ahora tenía una nueva excusa.

19

Apenas nos sentamos le dije que tenía problemas con las ecuaciones de potenciación y radicación. La verdad es que a mí la potenciación y la radicación no me movían un pelo. Básicamente no tenía idea de qué trataba el asunto, ya que venía prestándole muy poca atención a las clases. Pero me pareció un tema suficientemente complejo para que ella se tomara su tiempo en explicármelo. Y al fin y al cabo no me venía mal.

Traté de concentrarme. Realmente. No tanto para mejorar en matemática, sino para no parecerle un tarado. Pero me distraía todo el tiempo mirándola, la manera en que agitaba las manos, la sonrisa reflejada en sus ojos, el mechón de pelo que acomodaba tras la oreja. Orejas delicadas, pequeñas, que daban ganas de tocar. Al cabo de un rato le dije que ya no podía absorber más conocimientos y que dejáramos lo que faltaba para otro día. Se rio.

—Sí, yo me entusiasmo demasiado, tenés que frenarme. Es que la matemática me encanta.

—¿Y qué otras cosas te gusta hacer? ¿Salís? ¿O salías antes?

La verdad es que yo quería que me diera pistas sobre sus gustos para hacerme más interesante a sus ojos. Ella se encogió de hombros.

—No, ahora no salgo. Estoy en casa o en el súper la mayor parte del tiempo. Leo, veo un poco de tele, ¿y vos?

—También.

Intercambiamos nombres de series que nos gustaban y también algunos títulos de libros. La realidad es que, pese a la insistencia de mi madre, yo llevaba varios meses sin leer un libro, lo mío era más bien los cómics. Pero me pareció que eso me bajaba de nivel, así que mencioné un par que había leído en la escuela.

Después volví sobre lo que me interesaba.

—¿Y no te aburrís? Yo estoy bastante aburrido de tanto encierro.

—Sí, yo también. El otro día un chico me invitó a andar en moto, pero mi tío lo oyó y le dijo que se fuera —suspiró—. Es muy cuida mi tío.

Luz roja. Luz roja. Luz roja. Se me dispararon todas las alarmas. ¿Un chico con moto?

Estaba perdido.

—¿Dónde fue eso? —Intenté que mi voz sonara normal, pero creo que me salió aflautada.

—En el súper. Es un flaco que suele ir a comprar y a veces nos quedamos charlando.

Y esa vez justo mi tío pasó al lado y oyó lo que me decía.

—¿Y vos querías ir?

Que diga que no. Que diga que no. Por favor, que diga que no.

—Qué sé yo —Se encogió de hombros—. No lo conozco mucho, pero parecía divertido. Claro que tengo que evitar que mi tío se entere.

Decididamente, estaba perdido. Ese pibe debía tener mínimo dieciocho años. Y moto.

¿Qué posibilidades tenía yo?

—Bueno —dije—. ¿Cuándo hacemos la próxima clase?

Un perdedor total.

20

Le dije a Liz que no veía ninguna salida al problema.

—¿No estás exagerando?

—No. Decime ¿qué mata a chico con moto?

Se rio.

—Qué sé yo… ¿Chico divertido? ¿Sensible? ¿Inteligente? Una moto es un objeto, Rob, no define a una persona.

—Estás equivocada, Liz, chico con moto mata todo. No sé para qué me hice ilusiones ni por qué pensé que me iba a dar pelota.

—¡Pero te está *dandou pelouta*! —cuando se exasperaba sonaba más inglesa—. Solo que vos no lo ves. Mirá, hoy yo diría que tus posibilidades son cincuenta y cincuenta.

Depende de lo que hagas. *Fifty-fifty*.

—Naaa… Veinte por ciento, como mucho.

—Estás equivocado. Cincuenta y cincuenta. Además, si no lo intentás, nunca lo vas a saber. Seguí hablando con ella. Mostrale algo tuyo, algo más personal que una moto.

¿Por qué no tus dibujos?

—¿Y por qué le van a interesar mis dibujos?

—¡Porque son buenos! *Very good!*

Estábamos tomando el té. Esta vez la torta era de coco. Espectacular.

—No tanto como tus tortas. Esta supera todo.

—¿Querés otra porción?

—Dale. Chiquita. Y si podés un vaso con agua.

Unos minutos después se abrió un poco la puerta y la mano pasó rápidamente el plato y el vaso.

—Volvamos a tus dibujos. ¿Cómo va el cómic? Podrías mostrarle eso.

—No avancé mucho. Además, no sé qué podría decirle. ¿Mirá qué bien que dibujo?

Un papelón.

—No, tenemos que pensar en alguna excusa.

Durante unos segundos hizo silencio.

—¡Ya sé! Decile que la querés dibujar a ella.

—¿A ella?

—A todo el mundo le gusta que le hagan un retrato. La gente paga para eso. Y es otro motivo para verse.

—Sabés que, pensándolo, no es mala idea. Y me viene bien practicar retratos de mujer. Un par de veces la dibujé a mi vieja, pero no tiene paciencia para posar. No, no es mala idea.

—¡Claro que no es mala idea, es excelente!

Parecía eufórica.

—Una idea tan buena que vale por tres compras más de súper.

—¿Tres más?, ¿no es mucho?

—Para nada, las ideas valen oro. Tres más.

—Ok, Rob. Ponela en marcha.



21

¿En qué andás, Meli?

Estoy viendo saltar a una ballena.

¿Por la ventana de tu casa?

Ja, ja. No, en la tele.

Ah, qué susto, pensé que estabas borracha.

Noooo. Es un documental de las ballenas del sur.

Yo vi eso.

¿El documental?

No, las ballenas saltando.

En Puerto Madryn.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

¿Fuiste? Qué genial.

Sí, hace un par de años, con mi vieja.

Es muy lindo.

Me encantaría ir ahí.

¿Qué hacés cuando termine la pandemia? Podemos ir.

Ja, ja, sí, seguro.

¿A vos qué te gustaría hacer cuando termine todo esto?

Qué sé yo. Muchas cosas. Ir al cine. Comer panqueques en un lugar que me encanta.

Jugar al fútbol. ¿Y a vos?

Lo primero va a ser visitar a mis abuelos. Ahora no podemos verlos porque son de riesgo. A veces hacemos videollamadas, pero no les gusta mucho.

¿Los extrañás?

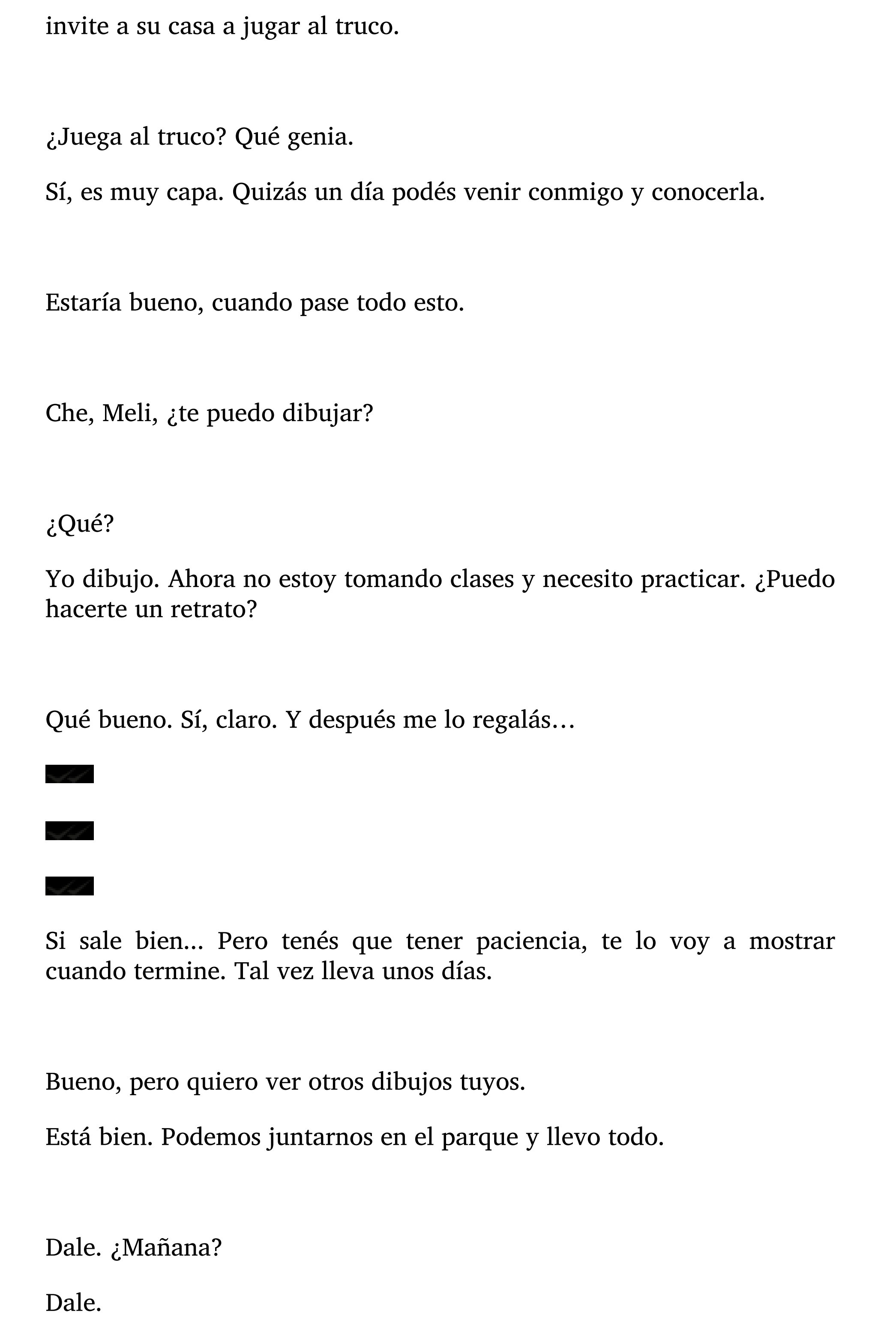
Sí. También a mis amigas.

¿Vos tenés abuelos?

No, ninguno.

Liz es como tu abuela.

Ja, sí, como una abuela postiza. Eso también me gustaría: que Liz me



invite a su casa a jugar al truco.

¿Juega al truco? Qué genia.

Sí, es muy capa. Quizás un día podés venir conmigo y conocerla.

Estaría bueno, cuando pase todo esto.

Che, Meli, ¿te puedo dibujar?

¿Qué?

Yo dibujo. Ahora no estoy tomando clases y necesito practicar. ¿Puedo hacerte un retrato?

Qué bueno. Sí, claro. Y después me lo regalás…

Si sale bien... Pero tenés que tener paciencia, te lo voy a mostrar cuando termine. Tal vez lleva unos días.

Bueno, pero quiero ver otros dibujos tuyos.

Está bien. Podemos juntarnos en el parque y llevo todo.

Dale. ¿Mañana?

Dale.

22

Creo que era lo menos mentiroso que había dicho hasta el momento. Porque sí, yo dibujaba. Me gustaba mucho. Lo de las clases, sin embargo, no era tan cierto. Al menos no en plural: había tomado solo una. Fue con un profesor de Plástica en mi antigua escuela: él me dijo que tenía una habilidad natural y haría bien en desarrollarla. Me ofreció integrarme a un grupo en su estudio, pero solo quedaba una clase antes de las vacaciones. Y luego vino la pandemia.

Sabía que no era malo. Pero una vez que quedé con Melina me agarró un ataque de inseguridad monumental que vino acompañado por un punzante dolor de estómago.

Me iba a salir horrible, estaba seguro. Ella se iba a ofender de que la hiciera tan mal y todo se iría al cuerno. Final de la historia. Adiós para siempre.

Las manos me transpiraban cuando busqué entre mis trabajos para decidir qué mostrarle. El cómic no estaba mal, quizá podía llevar una página. Pero era con superhéroes y naves espaciales, probablemente le parecería muy infantil. Mi autorretrato con barbijo era digno, no más que eso. El de mi vieja zafaba, aunque la parte de la nariz estaba bastante mal. No le iba a gustar. En medio de un creciente ataque de pánico decidí que tenía que mejorar. ¿Pero cómo? Obviamente, volví a recurrir al lugar donde van a parar todas las dudas del planeta: los tutoriales de YouTube.

Es notable la cantidad de cosas que aparecen cuando uno busca “cómo dibujar una buena nariz”. Te ofrecen narices realistas, de caricatura, de hombre, mujer o niño, narices de frente y perfil, narices en tres rápidos pasos. Miré dos millones de videos, oí hablar de tabiques y fosas nasales hasta tener náuseas y al final toda mi mente había sido tomada por una gran nariz.

Cuando terminé de mirar todo mejoré un poco el retrato de mi vieja. Ya no me quedaba más tiempo. Metí los dibujos en una carpeta, pasé por el baño, observé en el espejo mi horrible nariz con granos, me puse el barbijo y salí.

El estómago me hacía ruidos como si tuviera un ratón caminando adentro.

Hacía calor ese día. Cuando llegué la vi sentada bajo la sombra de un árbol. Se había puesto un vestido color turquesa que le quedaba increíble. En el camino, yo había tomado una decisión: iba a decirle que no se sacara el barbijo todavía, que dejáramos esa parte de la cara para el final. Creía que eso nos ponía en términos de igualdad, porque yo, obviamente, no pensaba sacármelo. Ella se mostró decepcionada.

—¿Te parece?

—Claro. Esto puede ser largo. Mirá si se acerca un policía y te dice algo por no tenerlo puesto. Además, no quiero que te descuides por mi culpa.

—Sí —asintió—, tenés razón.

Antes de empezar quiso ver lo que yo había llevado en la carpeta y alabó tanto mis dibujos que me pareció que era una exageración para disimular que en realidad no le gustaban. O quizás era el ratón de mi estómago que me estaba llegando al cerebro.

Pero una vez que me puse a trabajar conseguí tranquilizarme. Melina era una modelo excepcional. Habíamos encontrado un banco a la sombra y ella se recostó sobre el respaldo, en una posición relajada y encantadora al mismo tiempo. El retrato me dio la posibilidad de observarla con más detenimiento que nunca. Sus pestañas tupidas y oscuras. El cuello largo. Las manos delicadas. Al principio mantuvimos el silencio, pero al rato ella empezó a hablar. Me contó que su madre había conseguido un nuevo trabajo, de modo que probablemente dejara el súper en breve. También conversamos sobre el colegio, las clases por Zoom, los que se olvidan de silenciar el micrófono. Y los que nunca encienden la cámara. Como yo, le aclaré. Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Odio las cámaras. Además, la de mi celular anda mal y se me cuelga. Así que no la prendo nunca. Jamás.

También había pensado eso antes. Tenía miedo de que ella sugiriera usar la cámara en el WhatsApp y forzarme a aparecer sin el barbijo. Me pareció que lo aceptaba.

Fue entonces cuando hizo la pregunta.

—¿Cómo es eso de que te vas a mudar?

Sacudí la cabeza.

—Falta mucho. Compramos una casa donde hay que hacer un montón de arreglos y con el COVID todo se frenó. Ni idea cuándo será.

En realidad, no era tan cierto. Yo le había escuchado decir a Luis unos días antes que las cosas se estaban encaminando y los obreros ya empezaban a trabajar. Pero no había querido preguntar. La sola idea de mudarme y alejarme de Melina ahora me resultaba intolerable.

—¿Y dónde queda esa casa? —preguntó.

—En Vicente López.

—¡Pero eso es lejísimos! ¡No nos vamos a ver más!

Levanté la cabeza sorprendido. La decepción era evidente en su tono. O sea que le importaba. Esa fue la primera vez que sentí que realmente yo le importaba.

—Hay un colectivo directo —dije—. Y falta un montón, seguro que cuando esté lista ya se va a poder viajar en colectivo otra vez.

Creo que esa reacción fue lo que me permitió un rato después mencionar, como si nada, el tema que me inquietaba.

—¿Hiciste el paseo en moto?

—¿Qué paseo?

—Con el flaco ese del súper.

—Ah, no apareció más. Seguro que mi tío lo asustó. Aldo se puede poner denso cuando quiere.

Me reí. Chico con moto fuera del panorama: otra buena noticia.

Nos quedamos una media hora más hasta que ella tuvo que irse. Avancé un poco con el dibujo, nos contamos nuestros dos chistes preferidos y nos reímos bastante.

El ratón de mi estómago se había quedado dormido.

23

Le conté todo a Liz. Con lujo de detalles.

—¿Me trajiste el dibujo?

Parecía ansiosa.

—Sí, pero mirá que no está terminado.

—Dale, pasalo.

Lo deslicé por debajo de la puerta y esperé.

—Mmm, está muy, muy bien. *Very, very good*, Rob.

—¿Ella o el dibujo?

Se rio.

—La dos cosas. ¿Cómo viene esto ahora?

—En una semana nos juntamos otra vez para seguirlo.

—Yo me refería a ustedes.

—¿Qué?

—¿No es hora de avanzar un poco? ¿Decirle algo? Al menos la próxima se sacarán el barbijo.

—No sé, Liz, prefiero esperar un poco.

—¿Qué te da miedo?

—Todo. No gustarle, parecerle un tarado. Por momentos estoy bien con ella, pero en otros solo siento pánico y quiero salir corriendo.

—Es normal. Eso es enamorarse. Uno es feliz y horriblemente infeliz al mismo tiempo.

—¿Enamorarse? Mmm…

—Bueno, como quieras llamarlo. Ese deslumbramiento. Sé que es un comentario de vieja total, pero cuando dentro de muchos años te acuerdes de esto te va a parecer un momento espectacular.

—El problema es que yo no sé hacer esto. ¿Le tengo que decir que me gusta? ¿Intentar darle un beso? ¿La mano? ¿Cómo se hace?

Volvió a reírse.

—Nadie lo sabe antes. Dejate llevar en el momento, te va a salir bien. Y ahora me voy a descansar un poco, Robbie, hoy estoy agotada. Venite mañana, quizá hago una torta nueva.

Golpeó cuatro veces en la puerta. Era la señal que teníamos, la despedida. Nuestro choque de codos.

Con un poco de vergüenza, esa noche gugleé *cómo decirle a una chica que te gusta.*

Aparecieron muchas cosas y ninguna me sirvió. No había que ser ansioso ni invadir su espacio, pero tampoco quedarse para siempre en la *zona de amigo*. Había que ser sutil, a la vez interesante y un poco atrevido, pero no demasiado. Había que practicar algo llamado *mirada triangular*, que no terminé de entender qué cuernos era, y la técnica del espejo, que parecía ser imitar sus movimientos aunque de manera natural. Al final el tipo que daba los consejos, que por la pronunciación parecía ser colombiano o venezolano, me decía: “No tengas miedo de mostrar tu verdadera personalidad. Sobre todo, ¡sé seguro!”.

—¡Si fuera seguro no te estaría preguntando esto, imbécil! —le grité a la computadora.

Malditos tutoriales.



24

Che, Rob, ¿viste la luna?

No, ¿qué tiene?

Está rara.

Enorme y medio anaranjada.

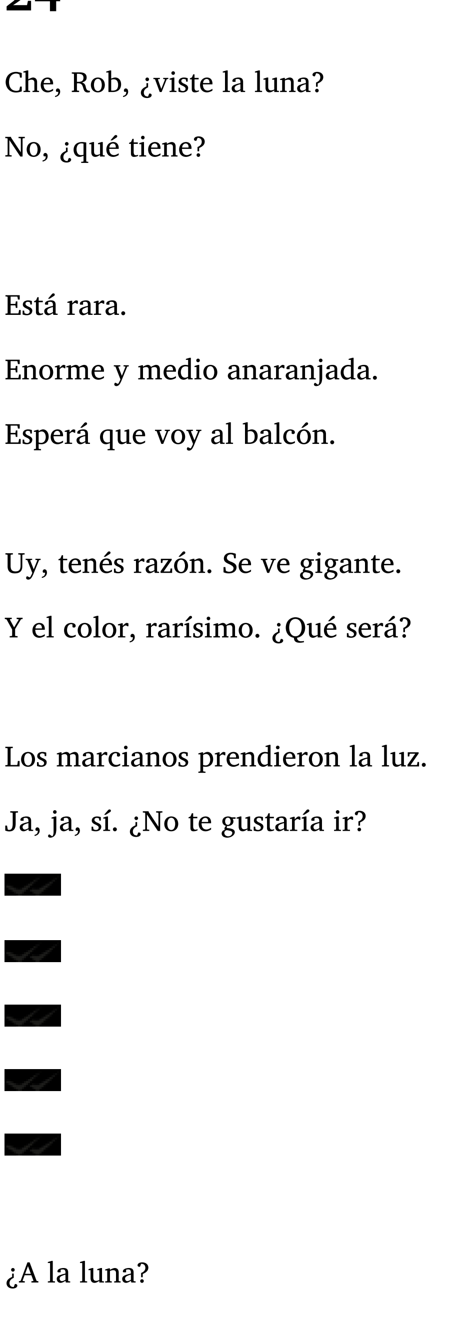
Esperá que voy al balcón.

Uy, tenés razón. Se ve gigante.

Y el color, rarísimo. ¿Qué será?

Los marcianos prendieron la luz.

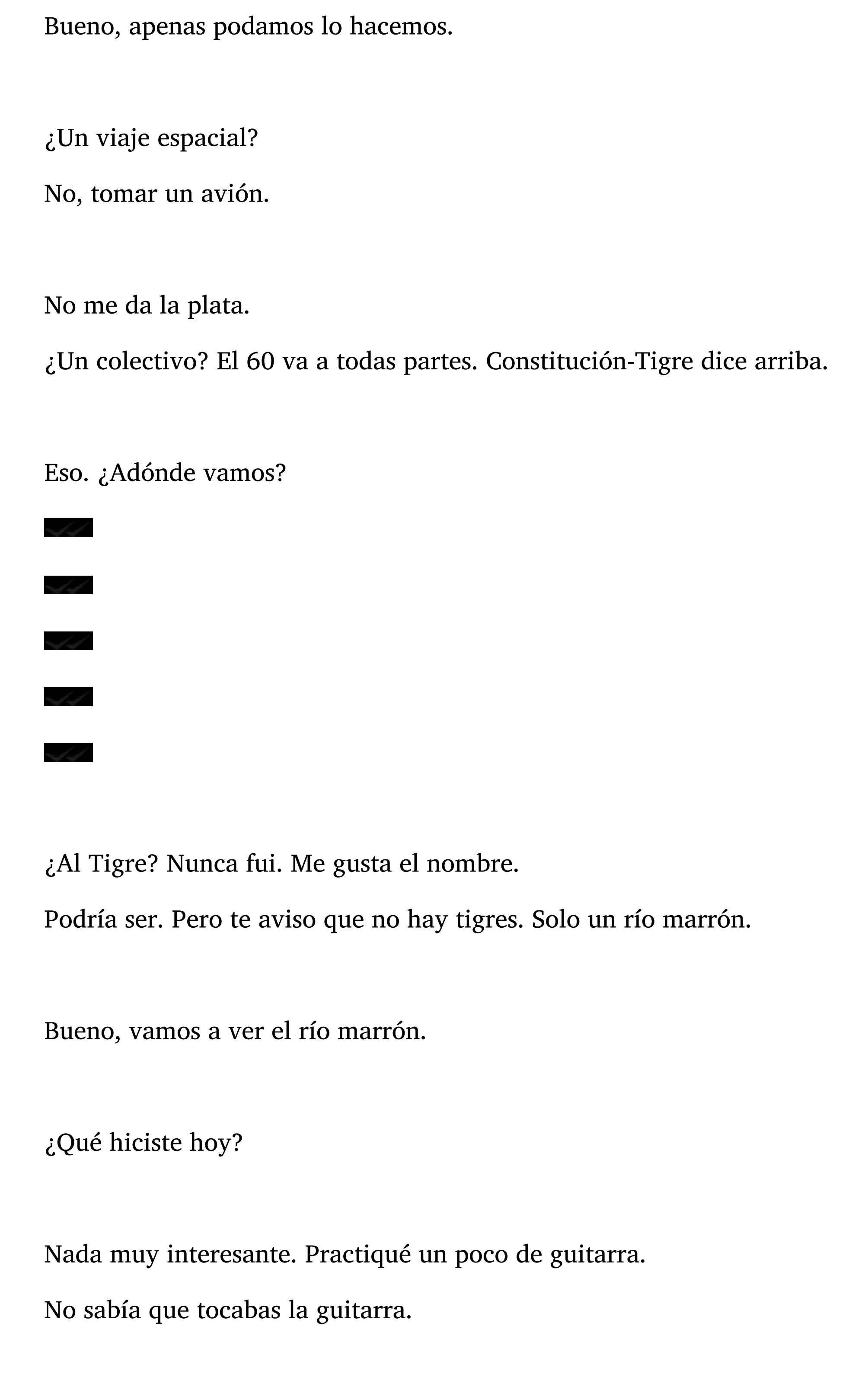
Ja, ja, sí. ¿No te gustaría ir?



¿A la luna?

A un viaje espacial.

No sé, me daría miedo. Ni siquiera viajé en avión.



Bueno, apenas podamos lo hacemos.

¿Un viaje espacial?

No, tomar un avión.

No me da la plata.

¿Un colectivo? El 60 va a todas partes. Constitución-Tigre dice arriba.

Eso. ¿Adónde vamos?

¿Al Tigre? Nunca fui. Me gusta el nombre.

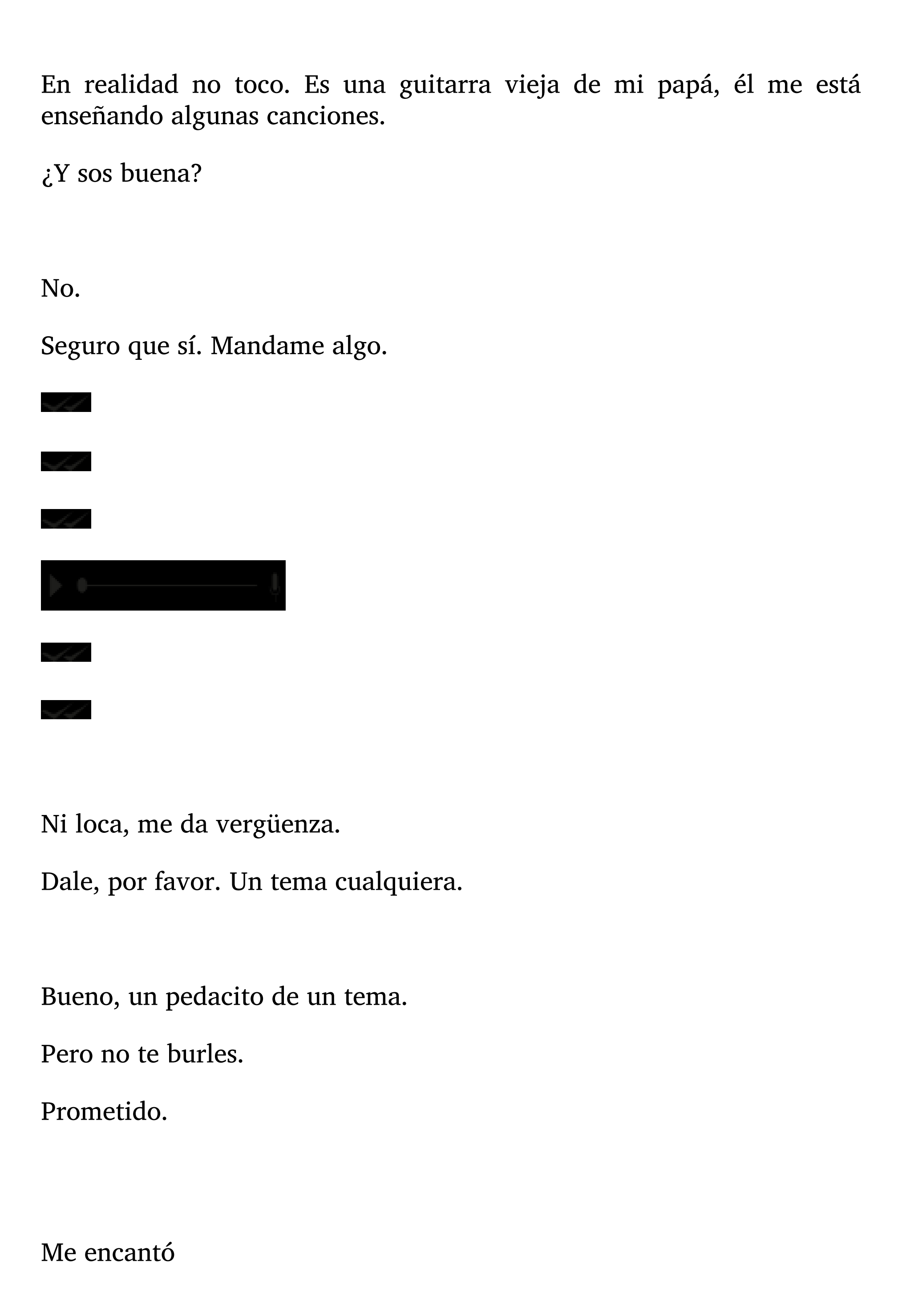
Podría ser. Pero te aviso que no hay tigres. Solo un río marrón.

Bueno, vamos a ver el río marrón.

¿Qué hiciste hoy?

Nada muy interesante. Practiqué un poco de guitarra.

No sabía que tocabas la guitarra.



En realidad no toco. Es una guitarra vieja de mi papá, él me está enseñando algunas canciones.

¿Y sos buena?

No.

Seguro que sí. Mandame algo.

Ni loca, me da vergüenza.

Dale, por favor. Un tema cualquiera.

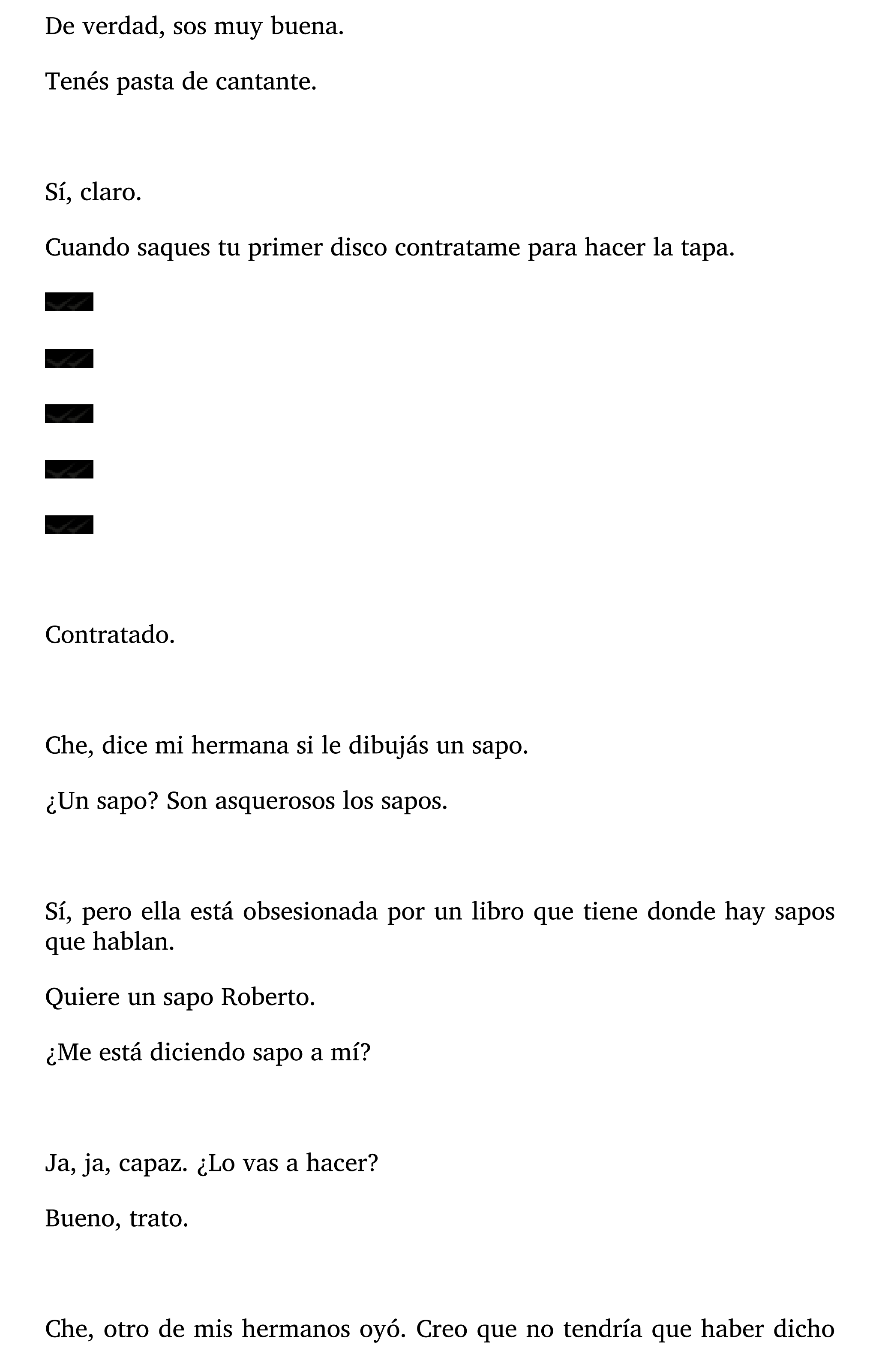
Bueno, un pedacito de un tema.

Pero no te burles.

Prometido.

Me encantó

No me jodas.



De verdad, sos muy buena.

Tenés pasta de cantante.

Sí, claro.

Cuando saques tu primer disco contratame para hacer la tapa.

Contratado.

Che, dice mi hermana si le dibujás un sapo.

¿Un sapo? Son asquerosos los sapos.

Sí, pero ella está obsesionada por un libro que tiene donde hay sapos que hablan.

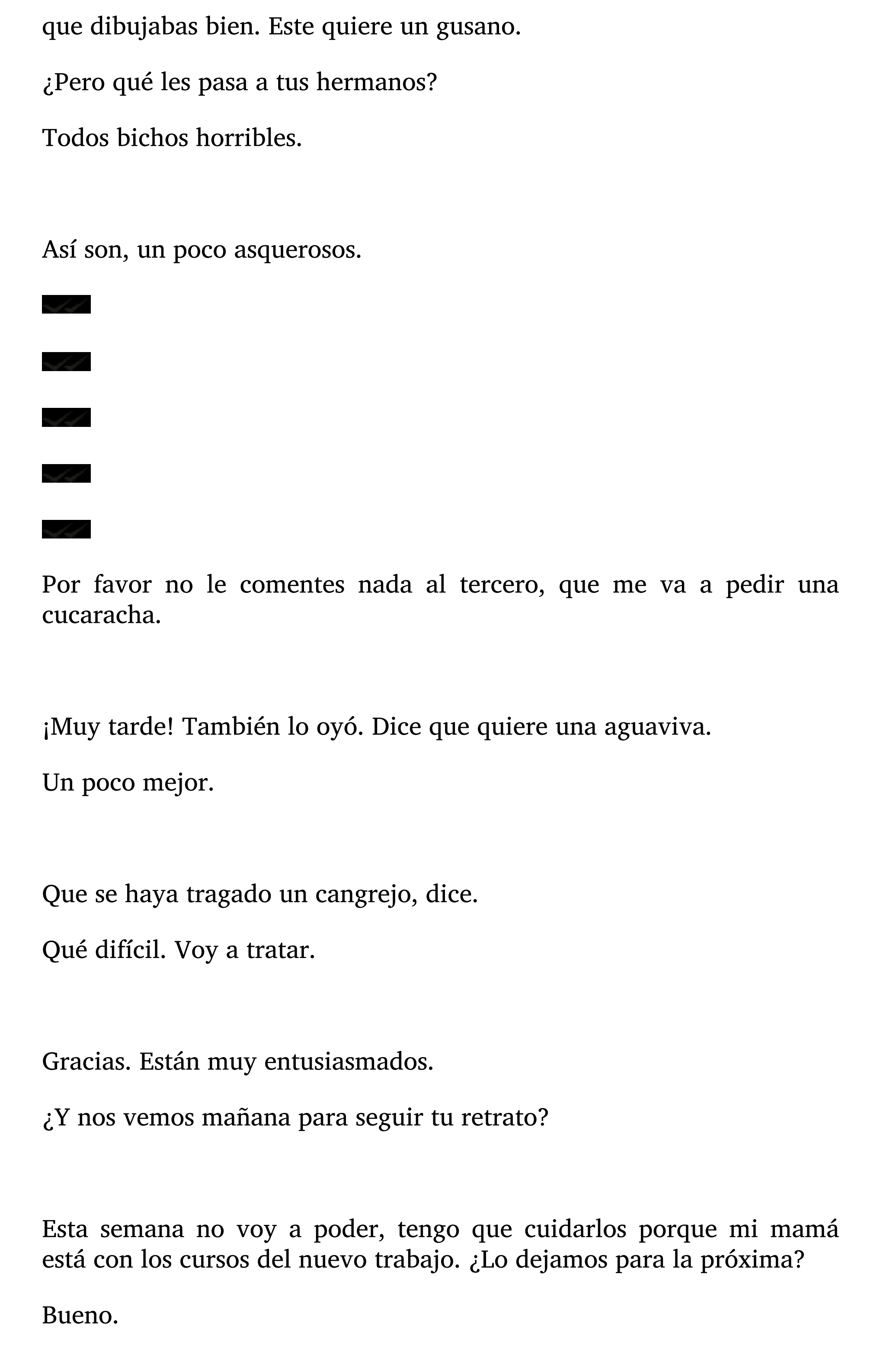
Quiere un sapo Roberto.

¿Me está diciendo sapo a mí?

Ja, ja, capaz. ¿Lo vas a hacer?

Bueno, trato.

Che, otro de mis hermanos oyó. Creo que no tendría que haber dicho



que dibujabas bien. Este quiere un gusano.

¿Pero qué les pasa a tus hermanos?

Todos bichos horribles.

Así son, un poco asquerosos.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

Por favor no le comentes nada al tercero, que me va a pedir una cucaracha.

¡Muy tarde! También lo oyó. Dice que quiere una aguaviva.

Un poco mejor.

Que se haya tragado un cangrejo, dice.

Qué difícil. Voy a tratar.

Gracias. Están muy entusiasmados.

¿Y nos vemos mañana para seguir tu retrato?

Esta semana no voy a poder, tengo que cuidarlos porque mi mamá está con los cursos del nuevo trabajo. ¿Lo dejamos para la próxima?

Bueno.

Igual vas a estar muy ocupado con los bichos, ja, ja.

Parece.

[redacted]

25

Al otro día pasé por lo de Liz a dejarle unos medicamentos que había retirado en la farmacia. El tema que venía bombardeando mi cabeza no me dejaba en paz: le dije que necesitaba su consejo y que iba a ir al grano (esto fue un chiste involuntario, porque justamente se trataba de granos. Me di cuenta tarde).

—¿Qué te está pasando?

—¿Qué harías vos si tuvieras la cara llena de granos?

Me pareció que se reía.

—Ah, era eso entonces.

—¿Ya sabías?

—Me imaginaba algo así. No es tan grave, Rob.

—¿Pero qué harías?

—Iría al médico, aunque supongo que ya lo hiciste.

—Sí, me dio muchas cremas que por ahora no hacen ningún efecto.

—También cuenta la dieta, es bueno tomar sol… Pero, sobre todo, trataría de no darle tanta importancia. Es algo que se va, *I'm sure* [4]. Muchos chicos pasan por eso.

—Pero es horrible. Vos no podés entenderlo porque no te pasa.

—Estás equivocado, sí que lo entiendo. Absolutamente. De alguna manera todos tapamos cosas, Robbie. Cada uno tiene su máscara: para parecer más lindo, más sano, más vivo, más joven. Yo tengo las mías. A veces es agotador, ¿no?

—Mucho. ¿Y qué se puede hacer?

—Aflojarse un poco, digo yo. Aceptar ser uno. Pero no siempre es fácil.

—¿Cómo fue cuando te enganchaste con Jim?

—Uh, la prehistoria. Vivíamos en *London*[5] en ese tiempo. Y fue todo muy lento.

—¿Por qué?

—Era otra época. Pero además Jim no se decidía nunca y yo creía que él tenía que dar el primer paso. Era muy tímido y disfrazaba eso con un estilo medio distante, como si se hiciera el interesante. Su máscara, supongo, pero me estaba cansando.

—¿Entonces?

—Un día me decidí a dar yo el primer paso. Habíamos ido al cine, después me acompañó hasta mi casa. Cuando nos despedíamos, le di un beso. En la boca.

—¿En la boca? ¿De una?

— *Yes*. Me tiré a la pileta.

—¿Y?

—Se quedó helado. Por un momento me arrepentí: pensé que lo perdía. Pero después reaccionó y me dio otro beso. Así nos pusimos de novios.

—¿Vos creés que yo tendría que hacer eso?

—No sé. Tenés que evaluar el momento. Quizá no sea un beso lo mejor hoy, por el coronavirus… tal vez decirle algo de lo que sentís.

—Pero me da terror. A veces pienso en decir algo y se me atragantan las palabras. Me siento tan tonto.

—Sí, entiendo, a todos nos pasa.

—¿A vos te pasa?

—Claro. ¿Quién no se ha sentido un tonto alguna vez?

—Me dejás más tranquilo.

4. Estoy segura.

5. Londres.

26

Mi situación se complicó unos días después. Era un lunes, acabábamos de sentarnos a la mesa para cenar y Luis anunció que tenía buenas y malas noticias.

—Empecemos por las buenas —dijo mi vieja y se desabrochó un botón de la camisa.

La panza le había crecido mucho y estaba casi todo el tiempo incómoda.

—Bueno, estuve en nuestra casa nueva con los obreros. Avanzaron mucho: en una semana van a estar terminados los baños y la cocina. Está quedando espectacular.

—¡Qué bien!

Mi vieja se veía realmente contenta. A mí, en cambio, no me parecían buenas noticias, más bien todo lo contrario. Significaba alejarme de Melina antes de lo previsto. Era una catástrofe.

—¿Y cuáles son las malas? —pregunté.

—Que hablé con los pintores y como se les atrasaron todos los trabajos por la pandemia no van a poder empezar antes de dos meses. Si los esperamos, la beba va a nacer acá.

—Bueno —dije fingiendo resignación—, no es tan grave. Vamos a poder arreglarnos.

—En realidad —Luis me miró sonriendo—, pensé en una solución diferente.

—¿Cuál?

—Que lo hagamos nosotros dos. Tengo un amigo que trabajó de pintor y nos puede dar una mano al principio y enseñarnos a hacer bien las terminaciones. Nos mudaríamos lo antes posible. Estando ahí, todo el trabajo es más fácil.

—No sé… —puse cara de preocupación—, para mamá va a ser muy incómodo.

Además el olor de la pintura…

—También pensé en eso. Yo pintaría nuestro dormitorio con mi amigo antes de mudarnos. Así ella puede refugiarse ahí o en el patio mientras hacemos el resto.

Anuncian clima cálido, podremos estar afuera. —La miró a mamá—. ¿Qué te parece?

—¡Claro! Perfecto. Yo mientras puedo ir preparando la habitación de la beba. Y

además nos ahorramos lo que les íbamos a pagar a los pintores. ¿Estás dispuesto, Rober?

¿Qué podía decir? ¿Que ni loco, que me estaban arruinando la vida, que no me sacaban de ahí ni muerto?

—Por supuesto —dije—. ¿Cuándo empezamos?

Esa tarde intenté concentrarme: tenía muchas cosas que hacer. Para empezar, un sapo, un gusano y una aguaviva con cangrejo adentro. Segundo, pensar cómo decirle a Melina que le había mentido y en realidad nos mudábamos la semana siguiente. Y

después, intentar digerir esta noticia.

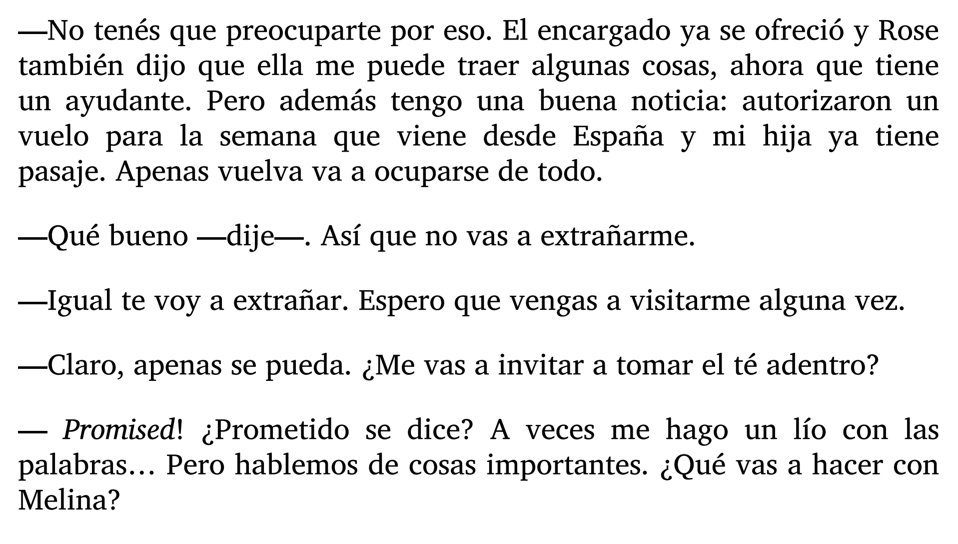
Era mucho. Decidí que me iba a comer torta a lo de Liz.

27

Había otro tema que me preocupaba. Se lo dije apenas estuve sentado y antes de atacar la nueva torta. Que era algo de otro mundo: chocolate con frambuesas.

—Liz, esto me tiene mal: ¿quién te va a hacer las compras cuando yo me mude?

Oí ruido de vajilla, seguramente se estaba sirviendo el té. Me contó que Jim había sacado de la baulera una pequeña mesa y un silloncito que acomodaron junto a la puerta, para que pudiera conversar conmigo.



—No tenés que preocuparte por eso. El encargado ya se ofreció y Rose también dijo que ella me puede traer algunas cosas, ahora que tiene un ayudante. Pero además tengo una buena noticia: autorizaron un vuelo para la semana que viene desde España y mi hija ya tiene pasaje. Apenas vuelva va a ocuparse de todo.

—Qué bueno —dije—. Así que no vas a extrañarme.

—Igual te voy a extrañar. Espero que vengas a visitarme alguna vez.

—Claro, apenas se pueda. ¿Me vas a invitar a tomar el té adentro?

— *Promised*! ¿Prometido se dice? A veces me hago un lío con las palabras… Pero hablemos de cosas importantes. ¿Qué vas a hacer con Melina?

—¿En qué sentido?

—No te hagas el tonto, Rob. Sabés de lo que hablo. Esto significa acelerar las cosas.

Sí, lo sabía y me hacía el tonto.

—No sé. Creo que mañana nos vemos, voy a decirle que me mudo.

—Tenés que apurarte para terminar el retrato. Y ahora sí se van a ver las caras, me imagino.

—Eso no sé.

—Seguís aterrorizado.

Tragué saliva.

—Le voy a parecer horrible.

—No creo que a ella le importe tanto.

—No sé. Si pudiera esperar, no sé, dos o tres meses. El médico dijo que voy a mejorar.

—Seguro que estás exagerando. Y si uno quiere llegar a algún lado con alguien, un día hay que sacarse la máscara. Todas las máscaras. ¿No te parece?

—No sé, Liz. Solo sé que tengo miedo.

—¿Más torta?

—Dale.

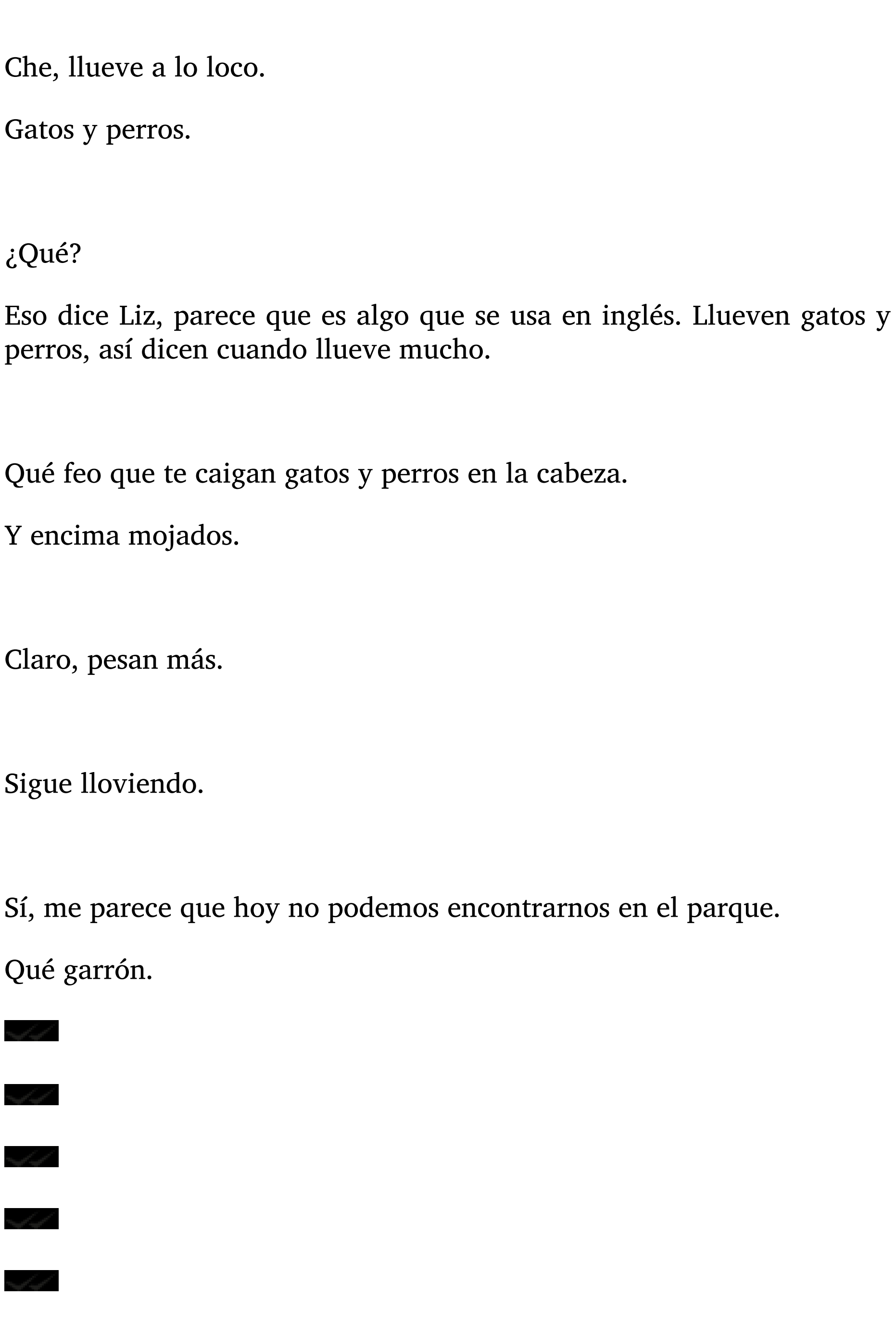
[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

28



Che, llueve a lo loco.

Gatos y perros.

¿Qué?

Eso dice Liz, parece que es algo que se usa en inglés. Llueven gatos y perros, así dicen cuando llueve mucho.

Qué feo que te caigan gatos y perros en la cabeza.

Y encima mojados.

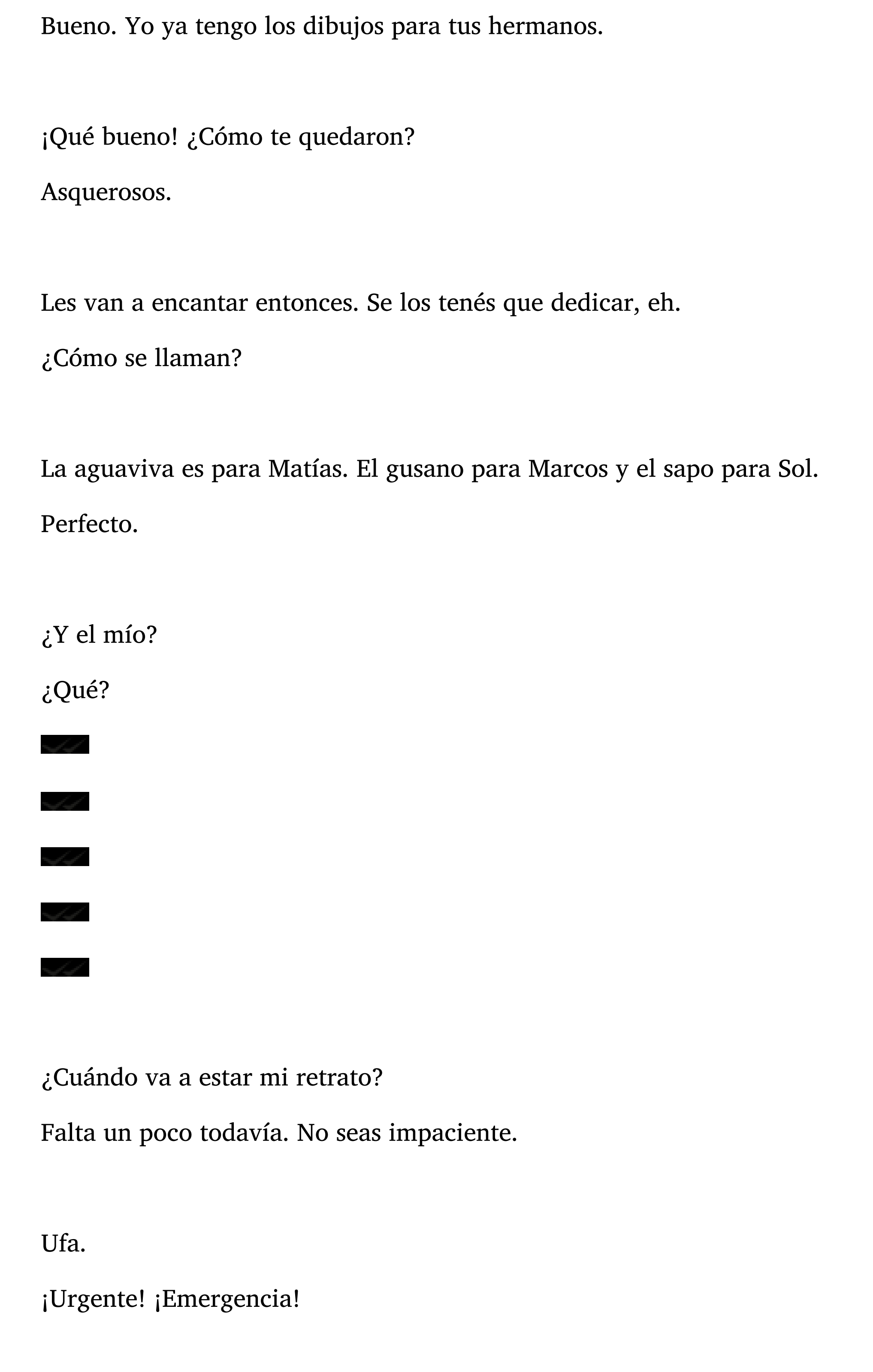
Claro, pesan más.

Sigue lloviendo.

Sí, me parece que hoy no podemos encontrarnos en el parque.

Qué garrón.

Vamos a tener que dejarlo para mañana.



Bueno. Yo ya tengo los dibujos para tus hermanos.

¡Qué bueno! ¿Cómo te quedaron?

Asquerosos.

Les van a encantar entonces. Se los tenés que dedicar, eh.

¿Cómo se llaman?

La aguaviva es para Matías. El gusano para Marcos y el sapo para Sol.

Perfecto.

¿Y el mío?

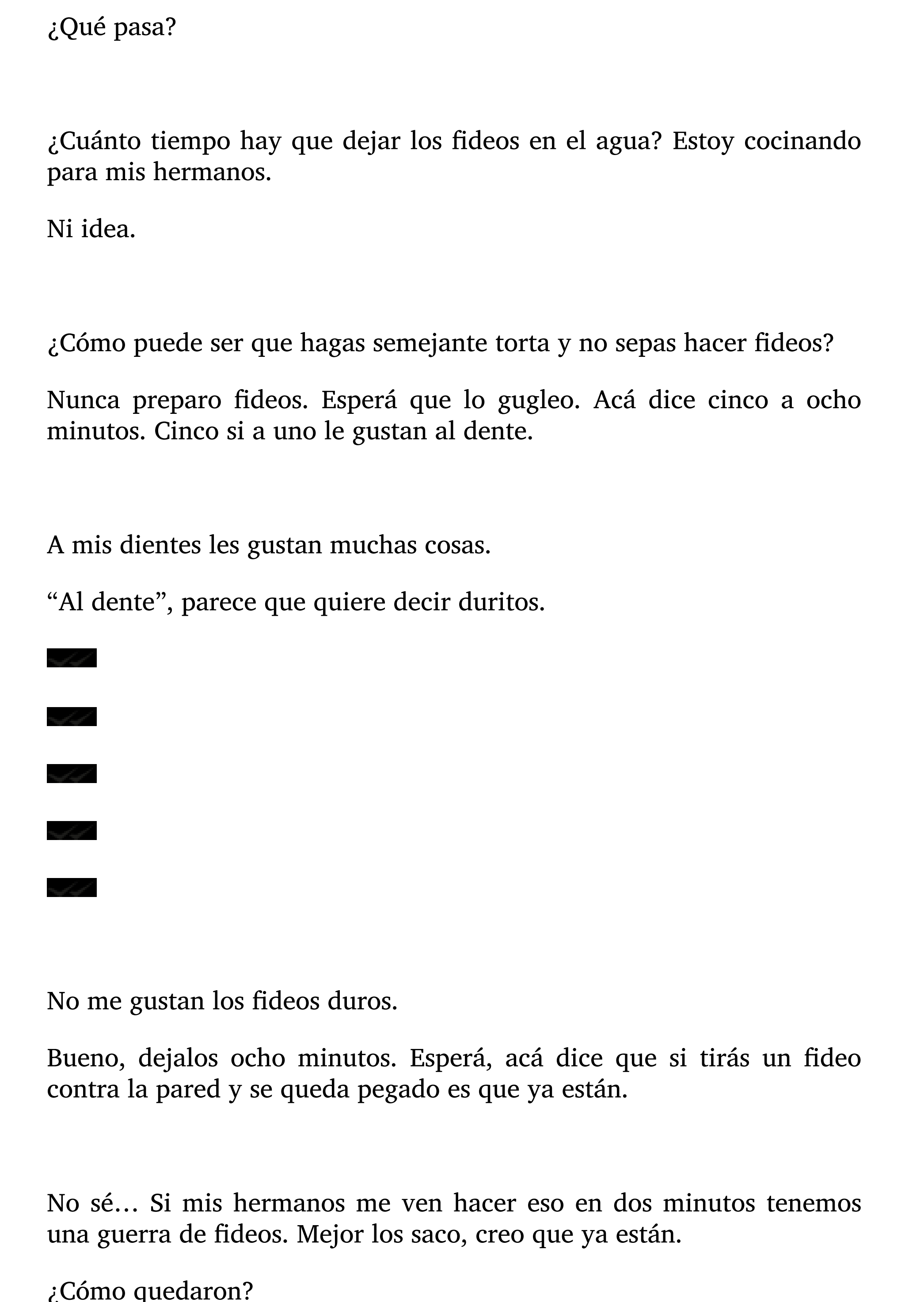
¿Qué?

¿Cuándo va a estar mi retrato?

Falta un poco todavía. No seas impaciente.

Ufa.

¡Urgente! ¡Emergencia!



¿Qué pasa?

¿Cuánto tiempo hay que dejar los fideos en el agua? Estoy cocinando para mis hermanos.

Ni idea.

¿Cómo puede ser que hagas semejante torta y no sepas hacer fideos?

Nunca preparo fideos. Esperá que lo gugleo. Acá dice cinco a ocho minutos. Cinco si a uno le gustan al dente.

A mis dientes les gustan muchas cosas.

“Al dente”, parece que quiere decir duritos.

No me gustan los fideos duros.

Bueno, dejalos ocho minutos. Esperá, acá dice que si tirás un fideo contra la pared y se queda pegado es que ya están.

No sé… Si mis hermanos me ven hacer eso en dos minutos tenemos una guerra de fideos. Mejor los saco, creo que ya están.

¿Cómo quedaron?

Horribles. Me olvidé de poner sal.

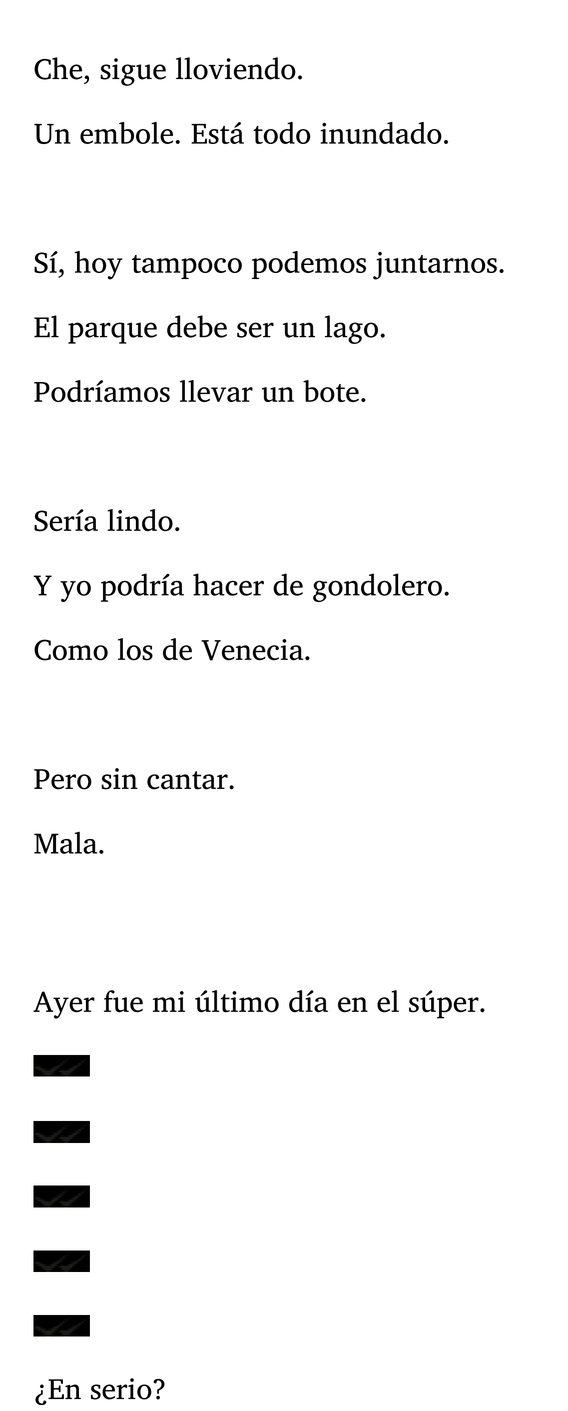
¿Hiciste salsa?

No, manteca y queso. Ahora están mejor. No, muy salados. Igual mis hermanos comen cualquier cosa.

Un día tenés que preparar para mí.

Y los tiramos contra la pared.

Mejor practico primero.



29

Che, sigue lloviendo.

Un embole. Está todo inundado.

Sí, hoy tampoco podemos juntarnos.

El parque debe ser un lago.

Podríamos llevar un bote.

Sería lindo.

Y yo podría hacer de gondolero.

Como los de Venecia.

Pero sin cantar.

Mala.

Ayer fue mi último día en el súper.

[redacted]

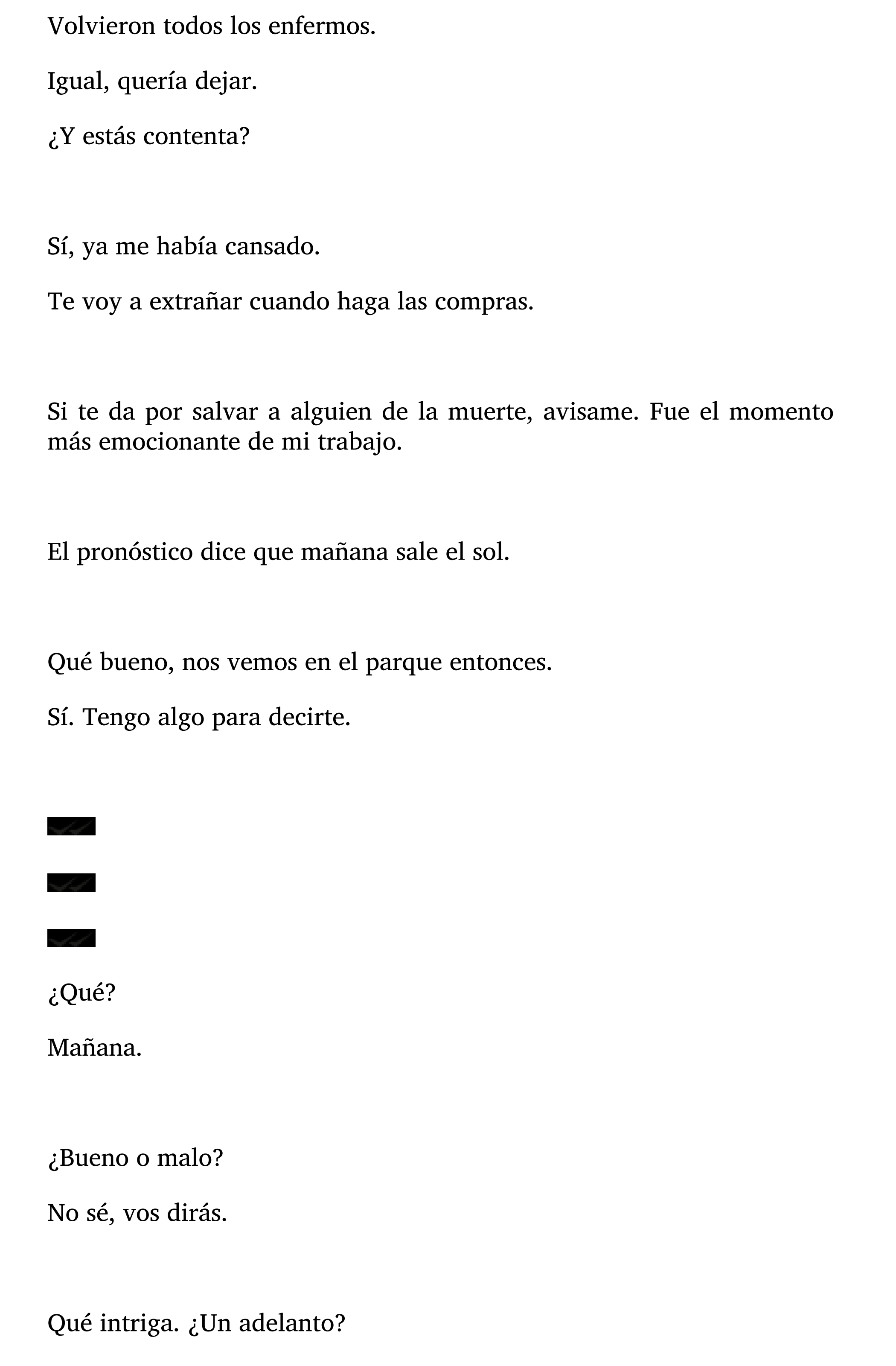
[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

¿En serio?



Volvieron todos los enfermos.

Igual, quería dejar.

¿Y estás contenta?

Sí, ya me había cansado.

Te voy a extrañar cuando haga las compras.

Si te da por salvar a alguien de la muerte, avisame. Fue el momento más emocionante de mi trabajo.

El pronóstico dice que mañana sale el sol.

Qué bueno, nos vemos en el parque entonces.

Sí. Tengo algo para decirte.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

¿Qué?

Mañana.

¿Bueno o malo?

No sé, vos dirás.

Qué intriga. ¿Un adelanto?

No.

30

Tenía algunas cosas decididas. Le iba a decir que me mudaba, pero también que quería seguir viéndola, que me importaba mucho y no quería perderla. Y quizás algo más. Sabía que tenía que dar un paso adelante, pero estaba aterrorizado de hacer todo mal. Tanto miedo tenía que, por supuesto, hice todo mal. Para empezar, caminé dos cuadras antes de darme cuenta de que me había olvidado en casa la carpeta y los dibujos. Tuve que volver corriendo a buscarlos y cuando finalmente llegué al parque estaba transpirado y descompuesto. Unos veinticuatro ratones jugaban al ping pong en mi estómago.

Ella se había puesto otra vez el vestido turquesa y su belleza me golpeó en el peor costado, el de mi insignificancia. Para ganar un respiro le dije que quería empezar el dibujo enseguida, así aprovechaba el efecto de la luz (¿qué efecto? Ni idea, pero creo que sonó convincente). Mientras avanzaba con el dibujo tuve la impresión de que también ella estaba nerviosa: se movía inquieta y no habían pasado ni quince minutos cuando dijo que estaba cansada de mantener la postura, que mejor conversábamos un rato. Apenas me senté en el banco me encaró.

—¿Qué me querías decir?

—Que al final me mudo antes de lo pensado. Cambiaron los planes.

Ahí tenía que haber dicho todo eso de que me importaba mucho, pero no sé por qué me quedé callado. Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasó?

—Vamos a pintar nosotros la casa, lo antes posible.

—¿Entonces cuándo te mudás?

—Mañana.

—¡Mañana!

—Pero nos vamos a seguir viendo. —Un ratón me mordió el estómago —. Seguro.

—¿Cómo?

—Voy a venir, apenas pueda.

Sacudió la cabeza.

—No sé, está todo complicado para moverse. Bueno, entonces tenés que terminar hoy el retrato. Y nos sacamos los barbijos.

Intenté sonreír. Las cabezas de los ratones chocaban entre sí y hacían ruido.

—No sé… Yo no…

—¿Qué? —Frunció otra vez el ceño—. Dale, si yo me lo saco para que termines el dibujo vos también. Mirá, hagamos así…

Fue entonces cuando estiró su mano y la apoyó sobre la mía. Era la primera vez que me tocaba. Yo podría haber hecho distintas cosas, quizás agarrar su mano, apretarla. O

avanzar un poco más. Pero estaba congelado: mi mano quedó bajo la suya, inmóvil y dura como un pedazo de cartón.

—Cerramos los ojos —retiró la mano—, contamos hasta tres y nos lo sacamos. ¡Dale!

Como no se me ocurrió qué argumentar, hice eso: cerré los ojos. Ella contó: uno, dos… ¡tres!

Volví a abrirlos. Se había sacado el barbijo. Yo no. Su cara era hermosa, por supuesto.

Eso ya lo sabía. Pero lo que se me clavó en el estómago fue la desilusión con que me miraba. En sus ojos me vi más patético que nunca.

—¿Y? ¿Qué te pasa?

El tono era furioso. Nuevamente, podría haber dicho tantas cosas distintas. Seguro ninguna me salvaba, pero elegí la peor.

—No, es que le prometí a mi vieja…

Sacudió la cabeza.

—Sos un pendejo —dijo, se levantó y se fue.

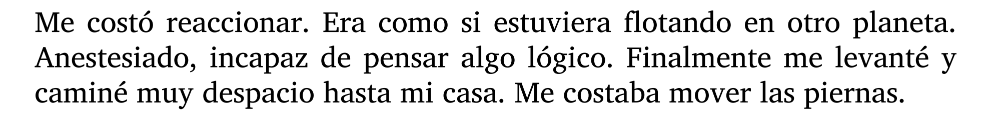
Yo me quedé sentado, mientras cientos de ratones devoraban mis

entrañas.

[redacted]

[redacted]

31



Me costó reaccionar. Era como si estuviera flotando en otro planeta. Anestesiado, incapaz de pensar algo lógico. Finalmente me levanté y caminé muy despacio hasta mi casa. Me costaba mover las piernas.

Cuando llegué decidí mandarle un mensaje.

Disculpame, Meli, soy un idiota.

La respuesta llegó diez minutos después.

Mejor no me escribas más.

Volví a escribir inmediatamente.

Hablemos, por favor.

Lo mandé, pero apareció un solo tilde... Como si no lo hubiera recibido... Y al toque me di cuenta: estaba bloqueado.

Bloqueado.



¿Y ahora qué hacía?

Mi vieja se asomó a mi habitación y me preguntó qué estaba esperando para meter en las cajas las cosas que tenía dispersas por todos lados. Que el departamento era un caos y ella no podía hacer todo sola. Que Luis estaba en la casa nueva trabajando. Que me pusiera las pilas de una vez. Llené varias cajas. Después envié otro mensaje. Bloqueado.

Fui a ayudar a la cocina. Envolví doce vasos en papel de diario y guardé todos los cubiertos. Mandé otro mensaje. Bloqueado.

Fui al living. Metí libros en seis cajas y ordené los cables del televisor y el equipo de música. Mandé otro mensaje. Bloqueado.

En la cocina tomé un café con leche. Mandé otro mensaje. Bloqueado.

Me tocaba el baño. Saqué todos los remedios del botiquín. Se me cayó un frasco que se quebró y un líquido viscoso se derramó en el suelo. Mientras lo limpiaba los ojos me lloraban. Quizás era tóxico. Mandé otro mensaje. Bloqueado.

Mis ojos no paraban de desbordarse.

Bloqueado, bloqueado, bloqueado, bloqueado, bloqueado, bloqueado.

32

A la noche pasé por lo de Liz para despedirme. Tenía un regalo para

dejarle: días atrás le había pedido prestada una foto para hacerle un retrato. Me había salido bastante bien.

Golpeé cuatro veces y ella respondió igual. Pero quizá porque era la última vez todo me sonó distinto. Más triste.

—Aquí va un regalo —dije y deslicé el dibujo por debajo de la puerta.

—Wow. ¡Robbie! ¡Es increíble!

Después hubo unos segundos de silencio.

—¿Entonces te gustó?

—Me encantó. —Me pareció que la voz se le quebraba—. Te lo agradezco muchísimo.

—Al menos algo que sale bien hoy.

—¿Qué pasa?

Le conté todo. Dije que era la cosa más estúpida que había hecho en la vida. Que había perdido a Melina definitivamente.

—No creo. Está enojada. Siente que la engañaste y la rechazaste. Pero se le va a pasar.

—No, Liz, me bloqueó. Nunca más voy a poder hablar con ella. Se terminó todo.

—No debe ser para tanto. En unos días podés intentar de nuevo.

Pero aunque trataba de ser optimista, su tono no era convincente. No sé si estaba muy cansada o pensaba, como yo, que todo estaba perdido. Me preguntó si quería torta, pero no pude aceptar, tenía el estómago cerrado.

—Cuando las cosas mejoren me venís a visitar, *ok*?

—Claro. Te voy a extrañar, Liz.

—Yo también, Robbie. *Me too*.

Fue la despedida más triste en el día más triste del mundo.

Participé de la mudanza en modo zombi. Agarraba cajas, las llevaba a la camioneta, buscaba nuevas cajas. Después lámparas. Después cuadros. Cuando ya habíamos cargado todo y estábamos a punto de irnos, mamá me pidió que subiera a hacer una última revisión del departamento, por si nos habíamos olvidado algo. Así, vacío, me pareció más grande, incluso ligeramente lindo. Antes de cerrar la puerta pensé que al fin y al cabo ese lugar que había odiado desde el momento en que entramos no había estado nada mal.

Al llegar a Vicente López encontré que la nueva casa ya estaba llena de cajas y muebles que habían quedado guardados en un depósito todos esos meses. Los días siguientes fue un continuo abrir-sacar-ordenar-limpiar. Y enseguida empezamos con la pintura. El amigo de Luis nos dio un rápido curso que abarcó desde el lijado y enduido de paredes hasta la pintura de zócalos, marcos y puertas, pasando por cómo hacer equilibrio arriba de una escalera y cómo evitar que la pintura te gotee sobre la cabeza al pintar los techos.

Era un trabajo agobiante y creo que por eso fue bueno para mí. No me daba descanso, desde que me levantaba hasta que me acostaba pintaba, lijaba, mezclaba, limpiaba. Mi vieja, que empezó a mirarme cada día con más preocupación, me llamaba cada tanto para que saliera al patio, tomara aire, comiera algo. Pero a los diez minutos yo estaba otra vez adentro. Me intoxicaba de aguarrás, pintura y polvo. Y eso era lo que necesitaba, intoxicarme de todo lo que no fuera Melina, hacerla salir de mi organismo por la fuerza.

No digo que no pensara nunca en ella. Su imagen volvía a la noche, cuando me metía en la cama. Pero estaba tan cansado que a los pocos minutos caía dormido como una piedra.

Creo que fue en esos días cuando cambió mi relación con Luis. Hasta entonces nos tratábamos con cordialidad y delicadeza. Demasiada delicadeza. Pero a partir de que empezamos a trabajar juntos se hicieron más comunes las charlas, las bromas, los partidos de fútbol en la radio, incluso las peleas, porque él es de River y yo de Boca, y las discusiones podían ponerse bastante ardientes.

Un día, mientras él pintaba el marco de una puerta y yo un zócalo me preguntó por *la chica*. Así lo dijo.

—¿Y qué onda con la chica?

Yo no saqué la vista de mi zócalo.

—¿Qué chica?

—La que veías en el súper. ¿Seguís en contacto?

—No.

—¿Pasó algo?

Se puso a mezclar un nuevo balde de pintura. Tampoco él me miraba.

—Metí la pata. Mal. No me quiere hablar más.

—¿Y vos?

—¿Qué?

—¿Te sigue interesando?

—Sí, mucho, pero no puedo hacer nada. Me bloqueó en el teléfono. Y en las redes sociales. En todas partes.

—Podés ir a buscarla.

—No trabaja más en el súper y no sé dónde es la casa. Ni siquiera sé su apellido.

—Mmm… —agregó un toque de color al balde y siguió mezclando— sí, es un problema. ¿Y una carta?

—¿Una carta? ¿Cómo?

Dejó el balde y me miró.

—Como antes, con papel y lápiz. Bueno, también puede ser en la computadora.

—No, digo, ¿a dónde la mando?

—Mmm… ¿en el súper no hay nadie que la conozca?

—Sí, el tío.

—Ahí está —volvió a revolver el balde—, se la das al tío para que se la entregue.

Dejé mi zócalo y lo miré. En verdad era una buena idea.

—Claro, tendría que ir para allá.

Él sumergió el rodillo en el balde.

—Yo justo mañana tengo que ir para ese lado, a comprar materiales. Si querés te acerco.

Volví a apoyar el pincel en mi zócalo y le di los últimos toques.

—Dale. Gracias.

34

Taché el comienzo unas tres millones de veces. Nada me gustaba. “Querida Melina”, no. “Hola, Melina”, tampoco. “Extrañada Melina”, menos. Al final opté por esta frase: “Empecé esta carta tres millones de veces y taché todos los comienzos”.

Después utilicé muchos sinónimos para decir, básicamente, que yo era un imbécil.

Que me habían traicionado los nervios, que entendía que ella pudiera haber interpretado que la rechazaba o me burlaba, pero nada que ver. Que me moría por verla y pedirle disculpas personalmente. Que al menos me diera la oportunidad de entregarle su retrato.

Porque sí, lo había terminado. De memoria. Si había algo de lo que no podía olvidarme era de su cara. Hasta el día en que muera voy a seguir viendo su cara después de que se sacó el barbijo y me miró con toda la desilusión del mundo.

También taché dos millones de veces el final y la despedida. Al final, opté por “te extraño mucho”. Y era cierto. La extrañaba mucho. Horriblemente.

Pasé en limpio la carta, la metí en un sobre y lo cerré. Los ratones de mi estómago se estaban despertando.

35

En las tres semanas que habían pasado desde la mudanza no había sabido nada de Liz. Era mi culpa: el último día estaba tan angustiado que me había olvidado de pedirle su número de teléfono. Igual, ella me había contado que nunca sabía dónde lo dejaba y la mitad de las veces no lo oía sonar.

Así que decidí aprovechar el viaje hasta el barrio para visitarla. Tenía ganas de contarle el asunto de la carta: quizá me daba algún buen

consejo antes de que la entregara. Luis me dejó en la esquina y subí directamente, todavía conservaba la llave de la planta baja. Toqué los dos timbrazos habituales, pero no hubo respuesta inmediata. Volví a tocar. Al rato oí movimiento adentro y la voz de Jim llegó a través de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Rob, Jim. Vine de visita. ¿Está Liz?

Hubo unos segundos de silencio. Luego, lentamente, la puerta se abrió. Fue tan inesperado que me eché hacia atrás. Ahí estaba Jim, por primera vez. No era exactamente como lo había imaginado. Era más alto, muy flaco y se veía cansado.

—Hola, Rob.

Retrocedí otro paso.

—No hace falta que me abra…

—Sí, sí, ¿no querés entrar?

—¡No! —Me di cuenta de que había sonado muy brusco—. A Liz no le gusta…

—Bueno —agarró una silla que tenía al lado y me la pasó—, al menos sentate ahí.

Tengo que contarte algo.

No me gustó. Ni su tono ni su cara. Hubiera querido salir corriendo, pero no podía.

Él también se había sentado.

—Puedo volver en otro momento —dije.

—No, está bien. Mirá, Rob, pasó algo con Liz.

Levantarme y escapar. Levantarme y escapar. Eso era lo único que quería. La voz me tembló.

—¿Qué?

—Falleció. La semana pasada.

—¿Qué? —Una tenaza me apretó la garganta—. ¡No! ¿Cómo? ¿Se agarró COVID?

—Sí, pero ya estaba enferma de antes.

—¡Pero cómo! —Me sentí furioso—. ¡Si nunca salía! ¡No se pudo contagiar!

—Creemos que sucedió en una consulta médica. Pero solo fue el desencadenante, ya venía muy enferma. Por eso se cuidaba tanto, no abría la puerta… Además, siempre fue muy coqueta, no le gustaba que la vieran así, con el pañuelito en la cabeza, la enfermedad le había pegado duro… —Hubo un silencio—. Sabíamos que esto iba a pasar, pero fue antes de lo esperado.

—¡No! —negué con la cabeza—. No.

Las lágrimas me estaban mojando el barbijo.

—Ella no te lo quiso contar, para que no te entristecieras. Pero, sabés algo, disfrutó mucho la amistad con vos. Me dijo que era lo más lindo que le había pasado en el último tiempo.

—No —ya no podía contener los sollozos—, no.

Él hizo como si no pasara nada.

—Te dejó algo. Los últimos días se le dio por revisar cajones, cosas viejas. Armó una cajita para vos.

Desapareció unos segundos y luego volvió con una caja de cartón. La puso a mis pies.

—La mirás después, cuando estés tranquilo.

—No —dije.

Asintió.

—¿Seguro que no querés entrar y tomar algo?

—No —Me levanté—. Perdón. Hasta luego.

No quise esperar el ascensor. Agarré la caja y corrí escaleras abajo.

Salí sin saber adónde iba. Quizá por pura rutina mis piernas me llevaron hasta el chino. A quien primero vi fue a Rosa: acomodaba unos pomelos en un cajón.

—Rosa —le dije y no pude evitar empezar a llorar otra vez—. ¡Se murió Liz!

Ella dejó el pomelo que tenía en la mano y se acercó. Vi que la cara se le fruncía en un gesto de dolor.

—Sí. Quería avisarte, pero…

Yo no podía frenar los sollozos. El cuerpo me temblaba. Supongo que fue lo que la hizo olvidarse de la pandemia, el distanciamiento y todo eso. Me abrazó.

—Quería avisarte —volvió a decir—. No pude, perdoname.

Después me llevó a la parte de atrás de su puesto, fuera de la vista de la gente. Había unas sillas.

—Sentate ahí, te traigo un vaso de agua.

Yo quería parar. Realmente, estaba haciendo un papelón. Pero no podía. Nunca había sentido tanto descontrol sobre mi cuerpo. Vi que Rosa volvía hablando por teléfono.

Cortó antes de extenderme el vaso.

—Tomá, calmate un poco.

Después se sentó a mi lado.

—Hace mucho que estaba enferma —dijo—, sabía que no quedaba demasiado tiempo. Lo del COVID solo fue el final. Se lo tomó con serenidad, fue todo muy tranquilo.

—¿Por qué no me dijo? —sollocé.

Se encogió de hombros.

—La pasaba bien con vos, no quería que las charlas se volvieran tristes. —Sonrió—.

Te quería mucho. ¿Jim te dio las cosas?

Miraba la caja que yo había dejado en el suelo.

—Sí. Todavía no la abrí.

—Está bien, hacelo después. Me había avisado por si venías por acá, para que la pasaras a buscar.

Pensé que tenía que irme. Ya todo el asunto de la carta me resultaba absurdo, irrelevante. Necesitaba salir de ahí y tranquilizarme. Agarré la caja, iba a despedirme y después llamar a Luis para combinar el regreso a casa. Pero en ese momento apareció ella. Melina.

Había pensado que cuando volviéramos a vernos las cosas serían difíciles. Lo había representado mil veces en mi cabeza: yo iba a adelantarme, pedirle disculpas, explicar mis errores. Nada de eso pasó. Me quedé sentado y ella se agachó para estar a mi altura.

—Hola, Rob. Lo siento mucho. —Después me agarró una mano—. Vení, salgamos.

37

Caminamos de la mano hasta el parque. Pero en verdad no se sentía como si fuéramos juntos de la mano, sino más bien como si ella me llevara a mí. Como se lleva a un chico o a un perro. Pensé que tenía que recuperar algo de control y le apreté la mano suavemente.

—Gracias por venir —le dije—. ¿Cómo supiste?

—Me llamó Rosa medio desesperada. No sabía qué hacer con vos.

Intenté reírme.

—Sí, estaba hecho un desastre. —La voz se me quebró en un sollozo —. Estoy. Un bajón.

—Es lógico —dijo mientras nos sentábamos en el banco de siempre—, fue una noticia espantosa.

—¿Vos sabías algo?

—No, me lo contó mi tío después de que murió. Parece que a ella no le gustaba que se supiera lo enferma que estaba, decía que no quería que la trataran con pena. ¿Y vos?

¿Cómo fue que viniste hoy?

—En realidad vine buscándote a vos y pasé antes por la casa de ella a saludar.

Pensaba dejarte una carta en el súper —mientras lo decía la saqué de la mochila y se la di—. Leela después, ya no importa mucho. Básicamente es una disculpa por ser tan idiota.

Asintió.

—Sí, fuiste un idiota. Y yo quizá me enojé demasiado.

La caja había quedado entre los dos. La miré.

—¿Querés ver conmigo lo que hay adentro?

—Dale.

La abrí con cuidado. Había varias cosas y todas tenían pegados papelitos de colores donde Liz había escrito algo. Lo primero que saqué fue un mazo de cartas viejas. El papel decía: "¡A ver si practicás un poco!".

—Ella jugaba muy bien al truco. Sabía mentir.

—Vos también sabés mentir.

—Mmm… Mejor dejemos ese tema.

Volví a mirar la caja y saqué un cuaderno. Este papel decía: "Mis recetas. No son fáciles, pero podés probar". La primera era la torta de chocolate. Seguían la de manzana, la de coco y la de limón. Empecé a llorar otra vez y Melina me pasó un pañuelo de papel.

—Tengo que confesar algo —balbuceé mientras me limpiaba la cara —. Yo no hice tu torta de cumpleaños, la hizo ella.

—Me imaginé —Melina se rio—. Era demasiado buena.

Me pasó otro pañuelo.

Después saqué un sobre grande. El papel pegado decía: "Esta es una copia, el original está encuadrado y colgado en mi sala. Quiero que no dudes nunca de lo bien que dibujás".

Saqué el retrato del sobre. Me pareció que Liz me miraba y sonreía.

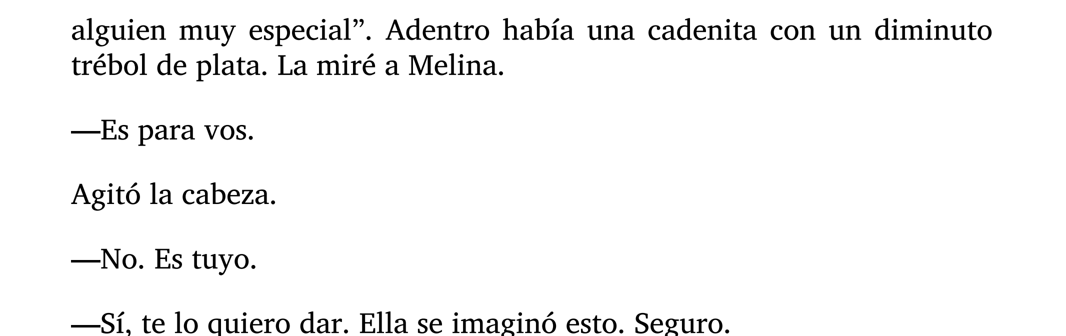
—Lo hice con una foto de ella.

—Te salió genial.

Me pasó el resto del paquete de pañuelos. Usé varios.



Lo último era una cajita pequeña. El papel decía: “Esto fue lo primero que Jim me regaló, cuando éramos chicos. Es para que se lo des a



alguien muy especial”. Adentro había una cadenita con un diminuto trébol de plata. La miré a Melina.

—Es para vos.

Agitó la cabeza.

—No. Es tuyo.

—Sí, te lo quiero dar. Ella se imaginó esto. Seguro.

—No, no lo puedo aceptar.

—Dale, Meli. Ella lo pensó así. Se la pasó diciéndome que tenía que tomar una iniciativa con vos. Esto es lo que quería.

—Bueno —suspiró—, pero si te arrepentís te lo devuelvo.

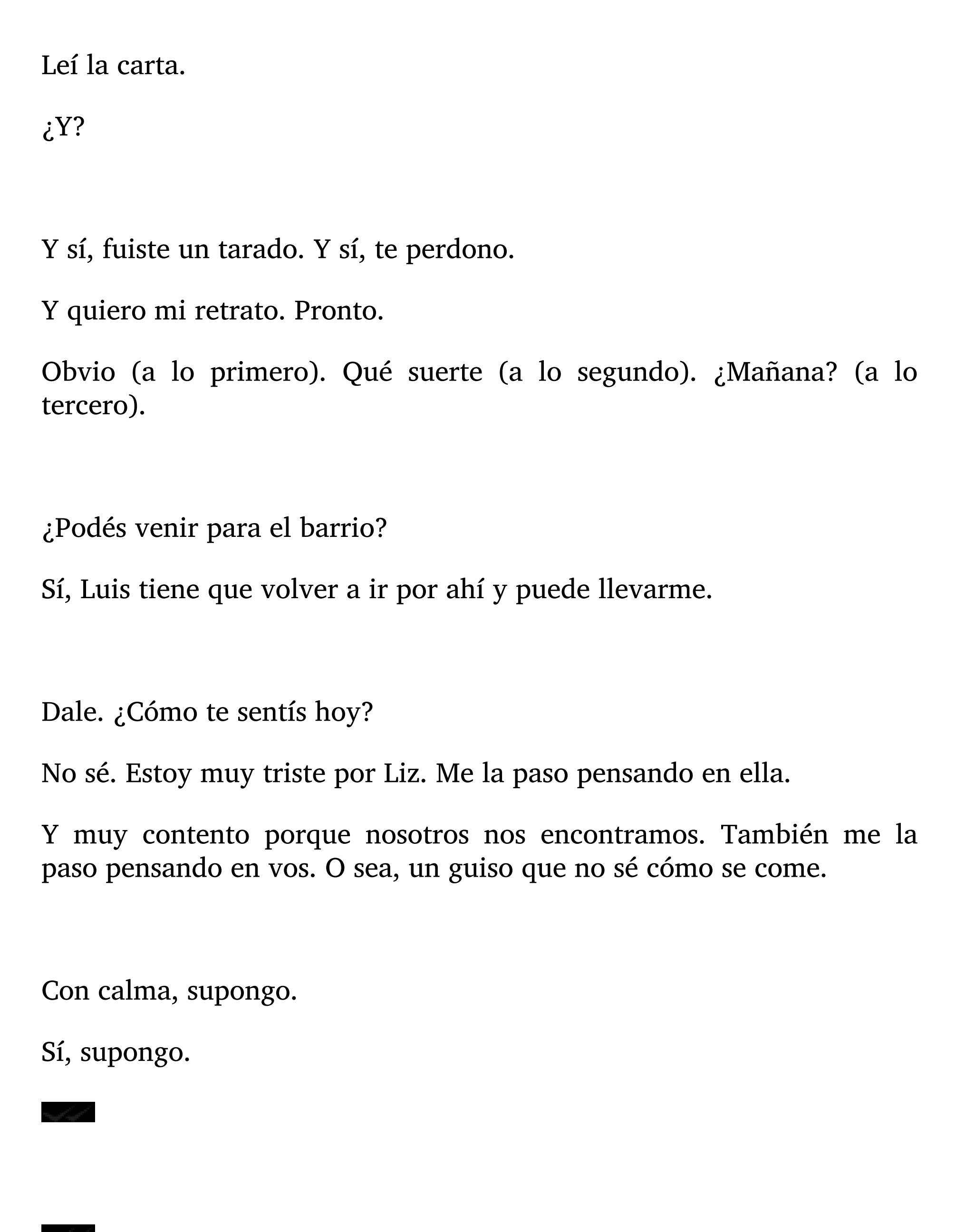
La ayudé a ponérselo, las manos me temblaron un poco mientras abrochaba el gancho en su cuello.

—Gracias —dijo y me dio un beso en la mejilla.

Recién entonces me di cuenta de que no tenía el barbijo. Me lo había sacado sin pensar mientras me limpiaba la cara y estaba a un costado, junto con los pañuelos usados, mojados y con mocos.

Al final se me había caído la máscara. Todas las máscaras. Le pasé un brazo alrededor de los hombros a Melina y la apreté contra mí. Supongo que eso selló las cosas.

38



Leí la carta.

¿Y?

Y sí, fuiste un tarado. Y sí, te perdono.

Y quiero mi retrato. Pronto.

Obvio (a lo primero). Qué suerte (a lo segundo). ¿Mañana? (a lo tercero).

¿Podés venir para el barrio?

Sí, Luis tiene que volver a ir por ahí y puede llevarme.

Dale. ¿Cómo te sentís hoy?

No sé. Estoy muy triste por Liz. Me la paso pensando en ella.

Y muy contento porque nosotros nos encontramos. También me la paso pensando en vos. O sea, un guiso que no sé cómo se come.

Con calma, supongo.

Sí, supongo.



39

Mostré el retrato en mi casa. Dicen que me hiciste demasiado linda.

No, apenas la realidad.

Ja, seguro. Mi mamá preguntó si sos mi novio.

Chan. ¿Qué le dijiste?

Que no necesitamos definiciones.

Bien respondido. Che, me parece que ya puedo tomar colectivo. Van casi vacíos. Así no tenemos que depender de que me lleven.

Está bueno. Podemos ir a tomar un helado a un lugar nuevo que pusieron, que tiene mesas afuera. Para no ir siempre al parque.

Dale. ¿Cuál es tu gusto preferido?

Dulce de leche. ¿El tuyo?

Menta granizada.

[redacted]

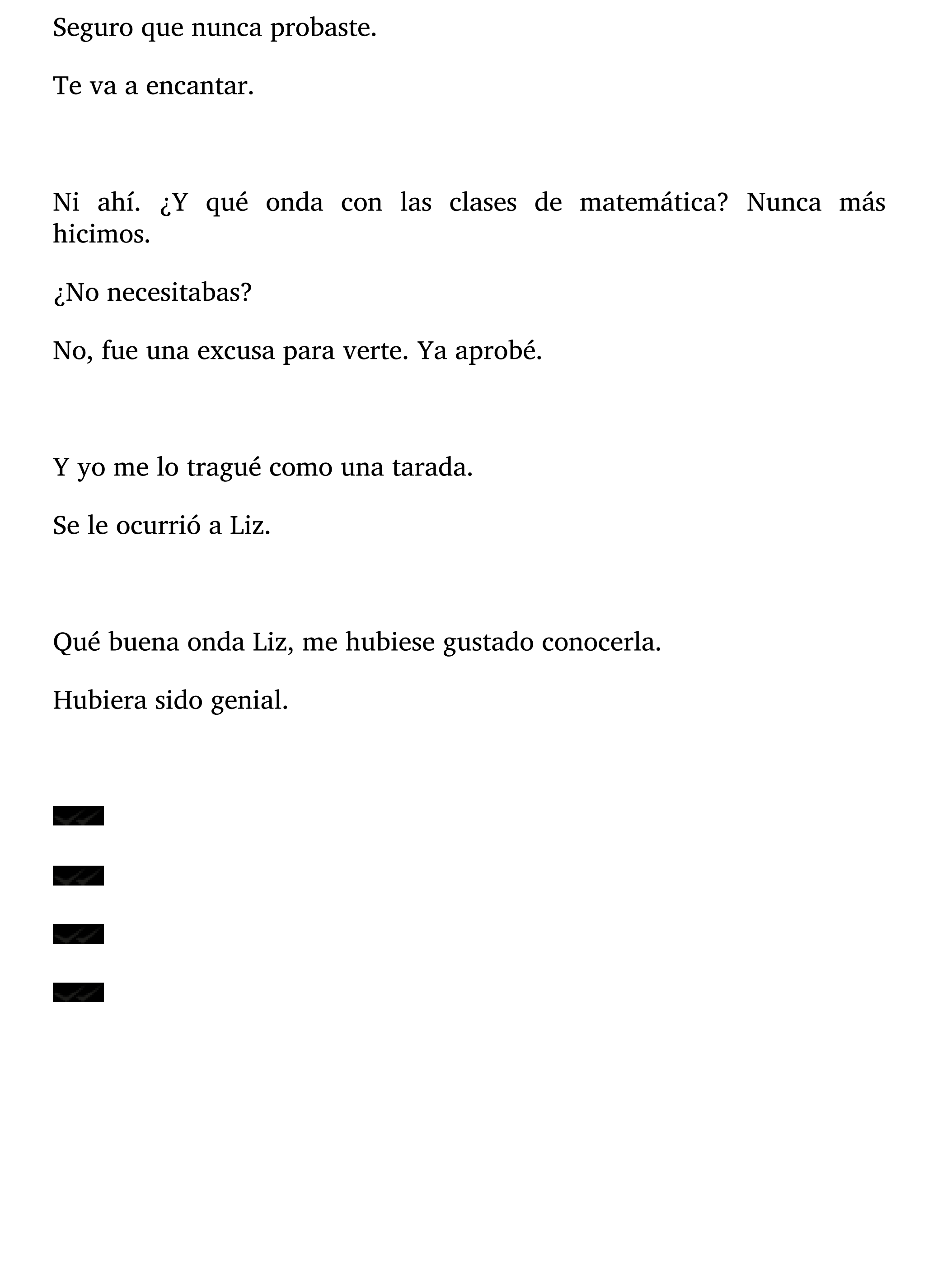
[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

Qué asco.



Seguro que nunca probaste.

Te va a encantar.

Ni ahí. ¿Y qué onda con las clases de matemática? Nunca más hicimos.

¿No necesitabas?

No, fue una excusa para verte. Ya aprobé.

Y yo me lo tragué como una tarada.

Se le ocurrió a Liz.

Qué buena onda Liz, me hubiese gustado conocerla.

Hubiera sido genial.

40

¡Nació Malena!

Ohhhhhh… ¿Se adelantó, no?

Sí, quince días. Chica apurada.

Pero todo bien.

¿Cómo es?

Dos brazos, dos piernas, una cabeza.

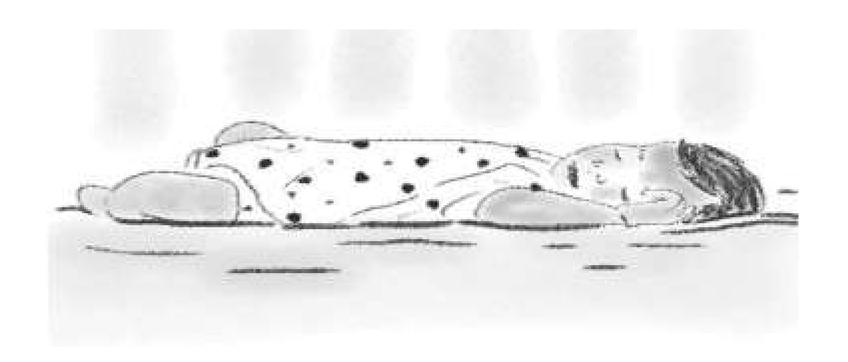
No le conté los dedos, pero creo que están todos.

Qué ganso. ¿A quién sale?

Ni idea. ¿A un indio piel roja?

Malo. Mandame foto.

Esperá.



[redacted]

Es preciosa

¿Te parece? Bueno, sale al hermano.

Sí, seguro. ¿Ya la tuviste alzada?

No, me da miedo que se rompa.

Yo te voy a enseñar.

Dale.

[redacted]

41

Hoy me escribió Aníbal.

¿Quién es?

El tipo del infarto.

¡El que salvaste! ¿Y qué dice?

Resulta que era enfermero, yo no sabía. Me quería contar que con todo lo que pasó se puso a trabajar en la Cruz Roja, dando cursos de RCP y otras cosas. Me invita a que vaya a verlo algún día.

Qué bueno. ¿Vas a ir?

Capaz sí. Estuve pensando mucho en lo que pasó, en mi viejo, si alguien lo hubiera podido salvar, qué sé yo, lo importante que es saber hacerlo. Me interesa todo eso.

Al final vas a terminar en Medicina, como yo dije.

No sé, no decidí nada. Pero puede que vaya a verlo, capaz hago un curso.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

¿Puedo ir con vos?

Claro, genial. En realidad te vendría bien hacer el curso a vos, porque el que te enseñó no sabía nada.

Totalmente. Lo hizo para ponerse cerca y tocarme las manos.

Un trucho.

Y aprovechador. ¿Vamos la semana que viene?

Dale, arreglo.

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

42

¿Qué hacés?

En el súper. Estoy en la cola para pagar. Muuuy larga.

¿Un chino?

No, un súper grande, queda cerca de casa. Pero extraño el chino. Acá ni te saludan.

Hasta lo extraño a Bao, con lo mala onda que es.

Sí, es un poco gruñón, pero en el fondo no es mal tipo. ¿Y qué tal las cajeras ahí?

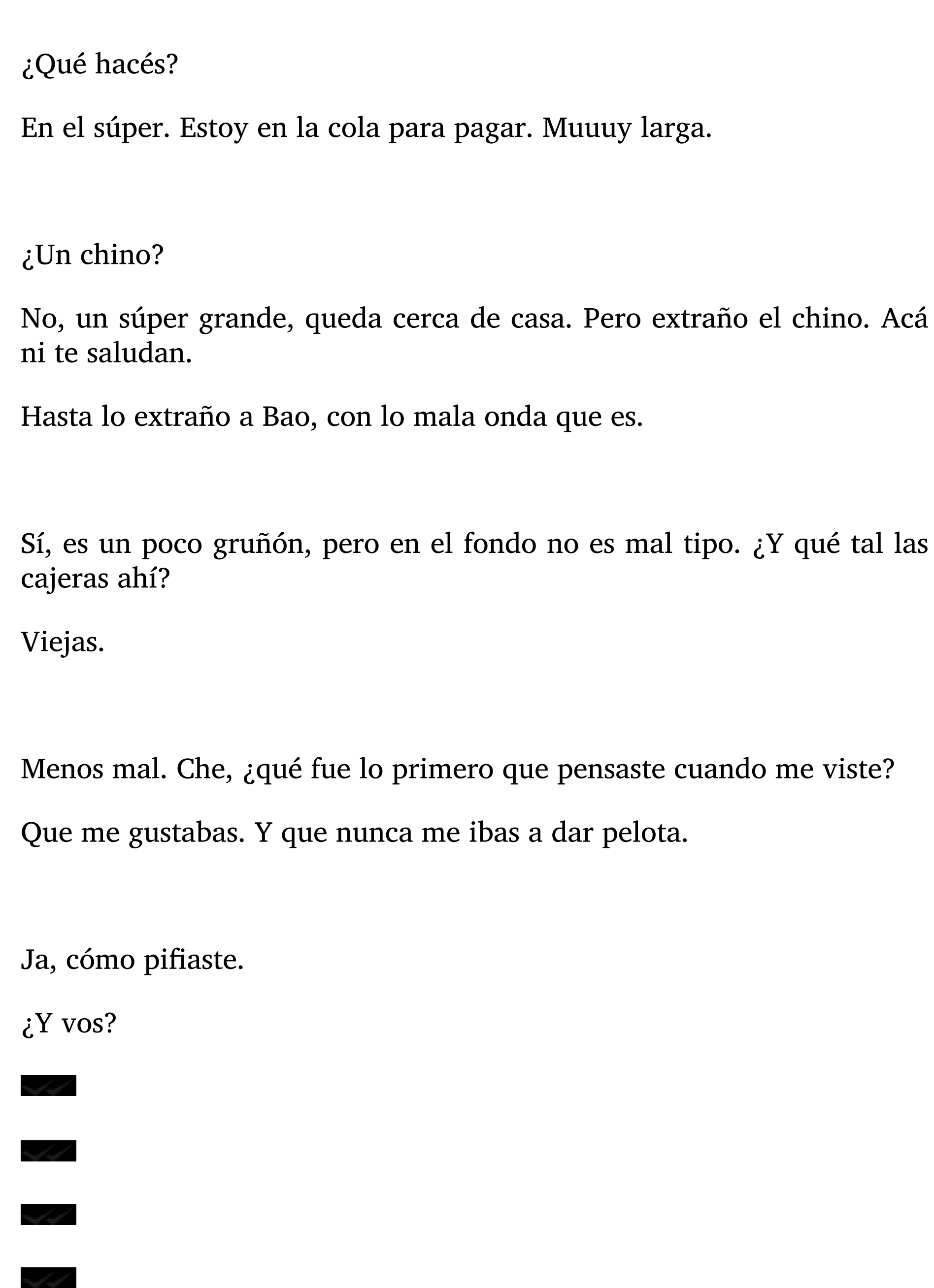
Viejas.

Menos mal. Che, ¿qué fue lo primero que pensaste cuando me viste?

Que me gustabas. Y que nunca me ibas a dar pelota.

Ja, cómo pifiaste.

¿Y vos?



[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

Que tenías lindos ojos. Y que te hacías el canchero, pero eras un tierno. También que estabas nervioso.

O sea, me calaste. ¿Y de verdad querías aprender a hacer RCP?

Seeee… Digamos.

Qué tramposa. O sea que no fui el único que metió excusas.

Obvio. ¿Sabés qué otra cosa pensé la primera vez que te vi? Que tenías olor a ajo.

¿Quééé? Nada que ver.

Sí, de verdad, tengo muy buen olfato.

¿Qué habías comido?

Ni idea, pero no tenía olor a ajo, seguro venía de otro lado.

Te digo que sí, tenías olor a ajo.

Bueno, guiso de calamares.

Te dije. Igual a mí me gusta el ajo.

Menos mal. Me toca pagar, te dejo.

Ojito con la cajera.



43

¿A qué hora voy esta noche?

Cuando quieras. Supongo que cenaremos a eso de las nueve.

¿Tengo que dejarme puesto el barbijo?

Te lo sacás para comer. Igual vamos a estar en el patio, parece que el tiempo viene bien.

Luis va a hacer asado.

Qué rico. Mi vieja dice que tengo que llevar algo. ¿Te parece bien helado?

Perfecto. Yo capaz trato de hacer una de las tortas de Liz, pero no sé cómo me saldrá.

Uy, qué peligro.

Mala. Te la vas a comer igual.

Seguro.

¿Al final te traen tus viejos?

[redacted]

[redacted]

[redacted]

[redacted]

Sí, aceptaron llevarme e irme a buscar.

¿No se enojaron porque no estés en la cena de fin de año?

No, buena onda. Pero dicen que otro día tenés que venir a casa. Que quieren conocer a mi novio. Ja, ja.

Ja, ja. Me da terror.

Sí. Mis hermanos te van a destrozar.

Capaz voy armado.

Buena idea.

44

La cena de fin de año salió bien. Luis estaba estrenando la parrilla, lo que parecía ponerlo de un humor extraordinario. Hizo carne como para un batallón y comimos sobras durante tres días. Mi vieja se la pasó sentada con Malena en brazos, mirándonos a Meli y a mí con una sonrisita irritante, pero no dijo nada inconveniente, así que se lo perdoné.

Hice la torta de coco y no me salió como a Liz, pero zafaba. Todos comieron y me felicitaron, aunque no sé si fueron sinceros.

A las doce miramos algunos fuegos artificiales que tiraron los vecinos y brindamos.

Por un nuevo año sin pandemia, lo que parecía difícil. Por Malena, que dormía y ni se enteró.

Y también por Liz.

Fue cuando me acordé lo del cincuenta y cincuenta. Y pensé que eso resumía bien lo que me había pasado ese año. Conocí a dos personas fundamentales. A una la gané, a otra la perdí.

Quizás es una forma un poco cínica de verlo, pero estoy seguro de que si Liz pudiera oírme ahora se reiría y diría que fue así. Cincuenta y cincuenta.

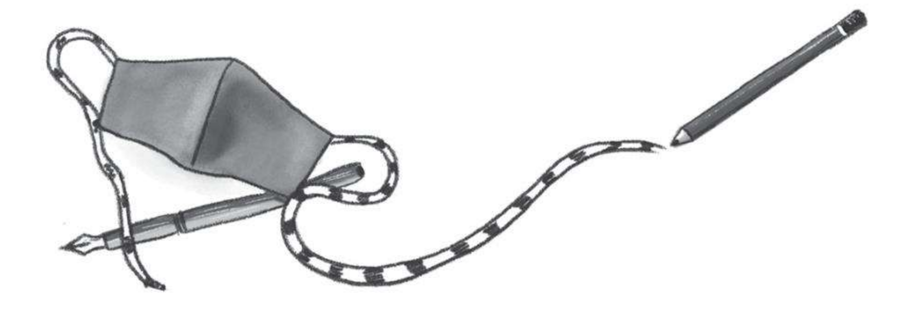
ANDREA FERRARI

NOS CUENTA

Entro en un negocio y me parece que un hombre se ríe bajo el barbijo. Aunque quizás no. Y hay una mujer que se ve enojada, pero puede ser que solo sea la forma de sus cejas. Yo sonrío al saludar, aunque nadie se da cuenta. Por la calle me cruzo con alguna gente que no me reconoce y creo que eso me gusta. Me vuelve invisible. ¿Soy la misma o soy otra bajo el barbijo?

De esta y otras preguntas absurdas, nacidas de los meses en que todos vivimos enmascarados, surgió este libro. Me intrigaba pensar en la forma en que las relaciones y las costumbres cambiaron en este tiempo. Que es, seguramente, el tiempo más raro que me ha tocado vivir. Y también me pregunté: ¿será posible enamorarse sin verse la cara?





CANDELA INSUA

NOS CUENTA

Las caras por la mitad que nos cruzamos en las calles, las bocas que imaginamos, las narices aguileñas o respingadas que escondemos, los ojos que dicen tanto o más que siempre, sonriendo, llorando, preocupados, descifrando estados de ánimo.

Los cuerpos que hablan en su integridad y las miradas que muchas veces por primera vez se encuentran.

Dibujo, como el protagonista de esta historia, y a veces, también como él, intento volverme invisible.

Así andamos, medio escondidos, distantes, con deseos fervientes de poder mostrarnos, dejando caer los barbijos, para reconocernos y abrazarnos.

Yo **tengo vergüenza de muchas cosas:** mis brazos demasiado largos, mis pies enormes, mi cuerpo tan desgarbado que no logro disimular ni con buzos extragrandes. También de que mi mamá esté embarazada (porque ¿quién tiene un hermano a los 14 años?).

Pero sobre todo me avergüenza mi cara: una constelación de infinitos granos. Por eso, fue genial **cuando el mundo se detuvo con la pandemia** y llegaron los barbijos tapa-todo. Con la cara oculta me convertí en otra persona, alguien capaz de hacer cosas que nunca hubiera imaginado. **Además, conocí a Liz. Y a Melina: eso fue lo mejor de todo**.

Andrea Ferrari abre el juego al tiempo adolescente de las preguntas, las inseguridades y las decisiones. ¿Qué mostramos de nosotros mismos? ¿Qué queremos ocultar? ¿Cómo enfrentamos la mirada de los otros?

La autora

Andrea Ferrari nació en Buenos Aires. Es periodista y escritora. En 2003 obtuvo el Premio Barco de Vapor de España con la novela *El complot de Las Flores* y en 2007, el Premio Jaén de Narrativa Juvenil

por *El camino de Sherlock*. Varios de sus libros fueron incluidos entre los premios White Ravens de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Múnich, los destacados de la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina (Alija) y los premios Cuatrogatos. Entre sus títulos más conocidos figuran *La rebelión de las palabras*, *También las estatuas tienen miedo*, *Zoom* y *La velocidad de la música*.

Algunos han sido traducidos al francés, italiano, ruso, búlgaro, coreano y portugués.

La ilustradora

Candela Insua nació en Banfield en abril de 1982. Estudió en la FADU, en el IUNA y continúa transitando por diversos talleres en busca de ampliar sus horizontes.

Ilustra y diseña libros infantiles, juveniles y para adultos. Ilustró *Aurora, papeles encontrados*, *Lluvia de plata* y las tapas de *Cleopatra lo sabía*, *Los nombres prestados* y *Los que volvieron*, entre otros. En 2017 diseñó la Biblioteca Liliana Bodoc de la colección Alfaguara, e ilustró *La entrevista*, uno de los títulos que la integran.